

1ª Edición: año 2019

Copyright: Antonio Cercós Esteve

Copyright de esta edición: Editorial Granada Club Selección

I.S.B.N.: 978-84-17712-56-3

Depósito legal: GR 1296-2019

Edita: Editorial Granada Club Selección

Empresa Distribuidora: Editorial Granada Club Selección

Avda. de Andalucía 16.

18611 MOLVÍZAR (Granada)

Teléfono Redacción: 958 62 64 73

E-mail: editorial@granadacosta.net

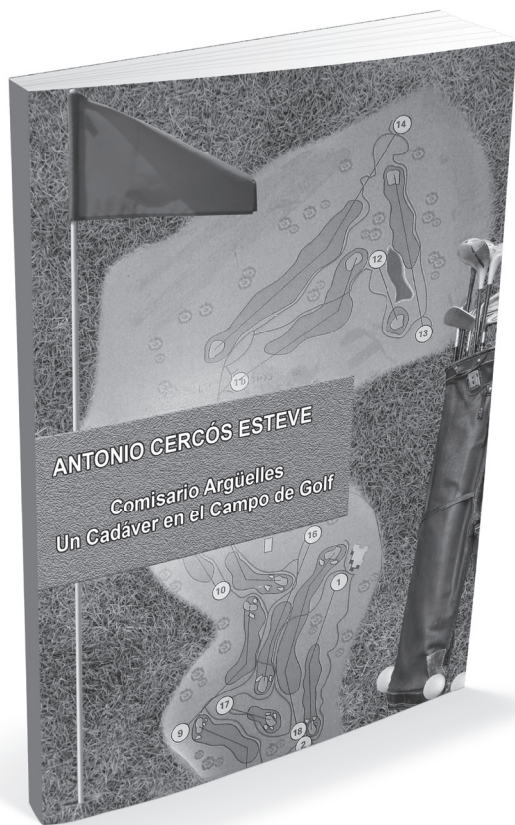


Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización expresa y por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier método o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares de la misma mediante cualquier alquiler o préstamos públicos.

COMISARIO ARGÜELLES

ASESINATO EN EL CAMPO DE GOLF

ANTONIO CERCÓS ESTEVE



EDITORIAL GRANADA CLUB SELECCIÓN

El comisario Argüelles no disfrutaba con la mañana de tedio que tenía ante él. Hacía calor en su despacho porque julio se presentó con más calor de lo habitual y, por desgracia, el aire acondicionado no funcionaba.

Repasar los informes de asuntos pasados que tenía sobre la mesa, no le seducía ni mucho menos, “maldita la gracia que le hacía”, se dijo *in menti*. “Era agua pasada que ya no movía molino”.

Si al menos surgiera algo nuevo, un caso interesante, aunque ello le obligara a anular los billetes que ya tenía reservados para hacer un viaje a Nueva York en avión con su mujer el próximo mes de agosto, merecería la pena. Nueva York podría esperar, nadie se lo reprocharía, y su mujer, menos, siempre estaba de acuerdo con él.

Nueva York podía esperar, nadie le movería de donde estaba, ni en este mes de julio, ni tampoco en el de agosto. Su mujer y él podrían viajar en otra fecha sin mayores problemas. Y de pronto...

- Le llaman por la línea dos, comisario - le anunció la voz conocida de Elsa, la telefonista de comisaría.

- Dígame. ¿Con quién hablo?

- Soy Núñez, el director del club de golf Sur-Poniente, tengo en mi despacho a un socio del club que acaba de descubrir el cadáver de un hombre cuando jugaba en el hoyo nueve.

- Escúcheme, señor...

- Núñez, comisario.

- Está bien, señor Núñez. Que ese hombre no salga de su despacho ni hable con nadie. Debemos evitar que la prensa llegue antes que nosotros. Cuando esté con usted y hablemos con el hombre en cuestión, decidiremos lo más conveniente. ¿De acuerdo señor Núñez?

- De acuerdo, comisario. ¿Sabe dónde está el club?

- Sí, lo sé. Ahora mismo nos ponemos en marcha. El comisario Argüelles se hizo acompañar del agente Pedro Serrano, su hombre de confianza.

- ¿No le parece extraño, señor comisario, esto de que maten a un hombre en el campo de golf? Parece un episodio de las novelas de Agatha Christie. ¡En un campo de golf! No es el lugar más lógico para cometer un asesinato.

- Sí que resulta extraño, Pedro; pero hoy en día, todo es posible. Vivimos en un mundo de locos.

- Ni que lo diga, jefe. Un mundo de locos, donde todo es posible. ¿Es cierto, jefe, que todas las personas que juegan al golf suelen ser gente adinerada?

- Así suele ser, Pedro. Pero también las gentes adineradas matan por motivos muy extraños. Y, a nosotros, nos corresponde averiguarlo. Y es lo que haremos en este caso. Averiguarlo. Y... Otra cosa. En cuanto a que sólo los adinerados jueguen al golf, ese era en otros

tiempos. Hoy en día y gracias a Severiano Ballesteros y a Chema Olazabal, el golf ha trascendido a la clase media, aunque sí es cierto que jugar al golf cuesta un dinero, y hacerse socio de un club de golf no está al alcance de todos.

- En su tiempo - prosiguió el comisario Argüelles -, pasó lo mismo con el tenis, y gracias a Manolo Santana, se hizo popular y se fue abriendo a mucha gente. Hoy en España hay cientos de miles de licencias de este deporte. Aunque sea con cuentagotas, van saliendo figuras que participan en todos los torneos del mundo, como Rafael Nadal, David Ferrer, Feliciano López u otros. En mujeres, la reina es Arantxa Sánchez Vicario.

- Eso es cierto, comisario. ¡Mire, ya llegamos!

Aparcaron el coche y se dirigieron a las oficinas de la Casa Club. Y, ya en su interior, se encontraron en una sala con vitrinas llenas de trofeos. Un hombre de unos cincuenta años salió a saludarlos amablemente.

- Soy el director del club. Supongo que usted es el comisario Argüelles. ¿Es así?

- Lo soy, y usted, el señor Núñez, supongo. Aquí mi ayudante el agente Serrano.

- Venga a mi oficina, comisario, y podrá hablar con la persona que ha descubierto el cadáver hace poco más de una hora. Está un poco nervioso, pero responderá a sus preguntas.

Ya en la oficina del director del club, el comisario se encontró a un hombre de unos sesenta años, visiblemente emocionado y nervioso, quien se presentó a sí mismo.

- Mi nombre es Ramiro Montoro, y hace poco más de una hora, jugando en el hoyo nueve, me di de bruces con el cuerpo de un hombre muerto.

- ¿Al verlo, señor Montoro, ha hecho algo? Me refiero a si ha tocado el cuerpo o lo ha movido de donde estaba.

- No, solo le toqué la cara para ver si tenía signos de calor, pero estaba frío como el mármol.

- Cuénteme cómo pasó todo para que me haga una idea de lo que pudo suceder.

- Yo siempre suelo salir el primero, es una costumbre que tengo, y con estos calores puedo disfrutar de la primera hora de la mañana que todavía es fresquita.

- ¿A qué hora comenzó a jugar, y qué hora era cuando llegó a ese hoyo nueve?

- Comencé sobre las nueve de la mañana, que es cuando ya están abiertos los vestuarios y puedo recoger la bolsa con los palos que guardo en mi taquilla. Supongo que llegaría al hoyo nueve sobre las diez más o menos.

- ¿No miró su reloj para ver qué hora era?

- No, señor comisario. Tengo por costumbre quitármelo para no estar pendiente de la hora. Lo mismo me da hacer el recorrido de los dieciocho hoyos en dos horas, que en tres.

- Lo entiendo. Ahora cuénteme su desagradable encuentro con el cadáver de ese hombre, que todavía no sabemos quién es.

- Al jugar hacia el hoyo nueve, la bola se desvió hacia la izquierda entre unos pinos, y cuando fui en su busca para jugarla hacia el *green*, me encontré con un hombre tendido, al parecer muerto.

- Y, a partir de ahí, ¿qué hizo usted?

- Lo único que se me ocurrió, dado mi nerviosismo, fue tocarle la cara, como ya he dicho. Al ver que estaba

frío, dejé la bolsa de los palos junto al cuerpo, y vine tan deprisa como pude a contarle al director del Club lo que había visto.

- O sea, que no tocó nada.

- Nada, Comisario.

- Cuando usted vio la escena de aquel hombre, aparentemente muerto, ¿qué fue lo primero que pensó?

- Que lo habían dejado allí sin vida.

- ¿Y por qué sacó esa conclusión?

- Estaba boca arriba y con los brazos cruzados sobre el pecho. No había ningún signo de pelea, ni sangre ni ramitas rotas de una posible agresión. Nada, comisario. Parecía un muerto perfecto.

- ¿Qué quiere decir eso, de un muerto perfecto?

- Que estaba, perdón, supongo que está, como un difunto en un ataúd, pero sin ataúd. Usted lo verá, comisario.

- Así que no daba la sensación de haber sido asesinado allí.

- Pues no. Tuve la sensación de que se trataba de una escena preparada. Un muerto sin sangre en la ropa, ni junto al cuerpo, ni en las hierbas alrededor del cadáver. Nada, comisario.

- Muy curioso, ¿no le parece, Núñez?

- Pues sí que resulta curioso, comisario. Que alguien mate a una persona y vaya hasta un campo de golf para abandonar en él al difunto.

- ¿En qué se fundamentó usted para creer que todo era un artificio, una escena preparada?

- Verá, comisario -Apuntaló Montoro-. Lo primero que me llamó la atención fue la ausencia de sangre en las

ropas y luego, ese detalle de ponerle los brazos en cruz encima del pecho me resultó algo fuera de lo común. También me extrañó que tuviera un pie descalzo.

- ¿Un pie descalzo? ¿y no vio el zapato por allí?

- No, comisario, no lo vi, y me afané en ello.

- Y, al ver el pie descalzo, ¿qué opinó usted?

- Sin querer jugar a ser detective, que lo llevaron calzado, y que luego, posiblemente, lo arrastraran hasta donde yo lo vi, sin darse cuenta de que se había perdido un zapato, porque si lo llevaron en plena noche, allí no verían como suele decirse, tres montados en un burro, y también pienso que la persona o personas que lo llevaron hasta allí estuvieran nerviosas y no repararan en ello. Puede que esté equivocado y no fuera así...

- Pues, señor Montoro, para no querer jugar a ser detective, lo ha hecho usted pero que muy bien.

- Me alegro de haberme explicado bien, y que cuanto le he detallado, pueda servir par su investigación.

- ¿Le parece, señor Núñez, que los cuatro nos traslademos al lugar donde el señor Montoro ha encontrado al hombre muerto?

- Me parece lo más acertado, así podremos comprobar si se trata de un socio del club, o de un desconocido. Podemos ir andando ya que el *green* del hoyo nueve, está bastante cerca de aquí.

- ¿Corremos, señor Núñez, el riesgo de que nos encontremos a alguien al llegar a ese hoyo nueve?

- No, porque he cerrado el campo hasta que todo esto termine.

- Esa ha sido una medida muy acertada por su parte.

Las cuatro personas se encaminaron hacia el hoyo

nueve, ante la curiosidad de las personas que estaban cerca de la Casa Club y sabían que algo estaba pasando, aunque ignoraban el qué. Habían visto el coche de la policía, lo que era reclamo de interés suficiente.

Llegaron al *green* del hoyo nueve, y Montoro guio a todos hasta donde vio el cuerpo del hombre muerto y había dejado la bolsa con sus palos. Ya, ante el cuerpo del difunto, fue el director del club quien habló primero, pues en el acto reconoció al hombre que allí estaba muerto.

- Comisario, este hombre es don Alejandro Estrada, uno de los Notarios más famosos de la ciudad.

- ¿Está seguro, señor Núñez? - inquirió el comisario.

- Lo estoy, comisario. Fue uno de los fundadores del club. No tengo ninguna duda.

- Comisario, ¡aquí está el zapato! - gritó el agente Serrano.

- No lo toques, Serrano. Esperaremos a que venga el juez de guardia y ordene el levantamiento del cadáver. Veremos más tarde si en él encontramos huellas dactilares de otra persona que no sean las del cadáver.

- Es curioso - dijo el director del club -. No hay sangre, no se aprecian golpes en la cabeza. O lo han envenenado, o ha muerto de un susto, y perdónenme la ironía.

Una vez llegó el juez y autorizó el levantamiento del cadáver para su traslado al Instituto Anatómico Forense para que se le practicara la autopsia, llegaría el momento de que el comisario Argüelles y sus agentes comenzaran las investigaciones: aunque eso sí, siempre a la espera del resultado de la autopsia.

- Serrano, coge el zapato del muerto y mételo en una bolsa de plástico. En el maletero del coche hay una.

- ¿Le gustaría, comisario, que echásemos un vistazo en la taquilla-armario del muerto que tiene en el vestuario?

- Por supuesto que sí, señor Núñez.

- Veremos si nos llevamos alguna sorpresa.

- ¿Tiene usted la llave maestra de esa taquilla-armario?

- Tenemos una llave maestra que abre todas las taquillas, que lógicamente solo se utiliza en caso de extrema necesidad. Y, este caso, es de extrema necesidad. Espero que encontremos algo interesante.

- Lo es - apoyó el comisario -. Pedro quédate aquí hasta que el coche fúnebre traslade el cuerpo del difunto al anatómico forense. Cuando se lleven el cadáver, echa un vistazo por los alrededores, por si encontraras algo interesante.

- Así lo haré, jefe.

- Nos vemos luego en las oficinas del club.

El comisario Argüelles y Núñez, el director del club, se dirigieron a la Casa Club, y ya en ella, y con la llave maestra en la mano, fueron directamente a los vestuarios en los que se encontraban las taquillas-armarios, donde los miembros del Club guardaban sus palos de golf, o simplemente, sus pertenencias.

La taquilla-armario de Alejandro Estrada era la número 14. La abrieron y se encontraron con lo que sabían que encontrarán. Allí estaba la bolsa de palos de golf, un carrito plegable, en la parte baja unos zapatos, y en la parte superior, sobre una balda metálica, lo propio para ducharse después de haber jugado y sudado los dieciocho hoyos del campo, y nada más que mereciera la pena examinar.

- ¡Mire este Putt, comisario! Es un auténtico palo de Sant Andrews, es un regalo muy caro, si es que alguien se lo regaló... de lo cual estoy seguro.

- No dejo de pensar, Núñez, por qué traer un cuerpo sin vida a un campo de golf, aunque algo me queda meridianoamente claro. Quien decidió traer el cadáver al campo de golf, tiene que tener, por fuerza, una relación con este deporte.

- Eso resulta evidente. Yo diría que en ello hay una connotación sentimental.

- La tiene - sentenció el comisario Argüelles -. O al menos, así me lo parece.

- Lo que me lleva a pensar - dijo Núñez - que la persona o personas que trajeron el cadáver hasta aquí, es porque sabían que este hombre jugaba al golf y que lo hacía, precisamente, en este club.

- Así parece. Y ese será nuestro trabajo a partir de ahora: averiguar qué sucedió, cómo murió, aunque eso lo dirá la autopsia, y, si se trata de un asesinato, encontrar al culpable o culpables.

- Parece un acertijo, comisario: golf, hoyo nueve... y por qué en este hoyo y no en otros. Hay otros hoyos cercanos a la carretera de la entrada al campo.

- Pues a mí me seduce aclarar el acertijo, como usted acaba de decir, señor Núñez. Un muerto sin signos de violencia, sin sangre sobre sus ropas, pero muerto y bien muerto, como hemos visto. El forense tiene la última palabra; perdón, la última palabra será la nuestra.

- Pues siendo así, ya podemos cerrar la taquilla. Si más adelante necesita que volvamos a examinar su interior, ya sabe que puede contar con ello.

- Supongo - dijo el comisario de pronto, al ver una fotografía de mujer pegada en la parte interior de la puerta de la taquilla - que se trata de la esposa del difunto jugador. ¿Es así, señor Núñez?

- Pues lo cierto es, señor comisario, que no lo sé. Quiero decir, nunca he visto a don Alejandro en el club acompañado de ninguna mujer.

- ¿Tampoco cuando han celebrado ustedes algún acontecimiento social?

- Pues no, que yo recuerde. Siempre ha excusado su presencia para no asistir a ninguno de estos actos. Si me pregunta los motivos, lo ignoro. No tengo ninguna respuesta a mano.

- Pues aquí se queda la foto. No tenemos derecho a tocarla ni creo que pueda tener relación con lo sucedido. Pero me reservo el derecho de volver si fuera el caso. ¿Estamos de acuerdo, señor Núñez?

- Lo estamos, comisario.

El director del club de golf Sur-Poniente cerró la taquilla-armario del Notario don Alejandro Estrada, y si el comisario Argüelles no solicitaba que se abriera de nuevo, permanecería cerrada por mucho tiempo, salvo que un familiar acreditado solicitara que fuera abierta para hacerse cargo de su contenido.

De nuevo en la oficina del director Núñez, el agente Pedro Serrano ya esperaba a su jefe.

- Dime, Pedro, ¿cómo ha ido por ahí fuera?

- Todo normal, jefe. El coche fúnebre se ha llevado el difunto al anatómico forense, y yo, bueno jefe, no sé si será de valor, pero he encontrado esta cadenita de oro con esta pequeña medalla de la Virgen de Loreto.

- ¿Una cadena y una medalla? ¡Santo Dios, Pedro! Eso es como si hubieras encontrado un tesoro. Tengo un presentimiento. Señor Núñez, corramos al vestuario.

Ya en el vestuario, el director procedió a abrir la taquilla-armario de Alejandro Estrada mientras los tres hombres contenían la respiración. La tensión era máxima.

El interior de la puerta, una vez abierta, mostró la fotografía en la que los tres hombres clavaron su mirada.

- ¡Miren ustedes la fotografía! - exclamó triunfante el comisario Argüelles.

La fotografía mostraba a una mujer de mediana edad y, en su vestido con el escote ligeramente abierto, los allí presente vieron una fina cadena y una pequeña medalla en ella.

- ¡Dios sea alabado, Pedro! Ya tenemos lo que podemos considerar el principio de nuestra investigación. Supongo, señor Núñez, que no me puedo llevar la fotografía. ¿Es así?

- Así es. De momento ha de permanecer aquí, donde el difunto don Alejandro Estrada la puso.

- No es un problema - dijo el comisario, sacando su teléfono móvil y haciendo un par de fotos -. Ahora nos queda averiguar de quién se trata, pero con la foto, la cadenita y la medalla, se nos abre un camino para comenzar la investigación.

- Buscar a una mujer, jefe, es una cosa, pero llevar un cuerpo como el del fallecido, con ochenta o más kilos... No creo que sea cosa de una mujer. Ni tan siquiera de un hombre solo. El traer el cuerpo de este hombre hasta aquí, es trabajo de al menos dos hombres.

- Entonces, ¿qué significado tiene lo de la cadenita y la medalla encontrada en la zona donde apareció el cadáver?

- No lo sé, jefe: Puede que la perdiera uno de los hombres que trajeron el cadáver hasta aquí, o que lo llevara el muerto y se le cayera al ser arrastrado hasta donde lo dejaron.

- Muy interesante, Pedro, eso último que has dicho. Que lo llevara el muerto y se cayera de sus ropas al ser arrastrado. Sí, Pedro, es una posibilidad muy interesante. De momento aquí hemos terminado. Nos despediremos del señor Núñez, y nos vamos a la comisaría. Tenemos mucho en que pensar.

Ya de camino hacia la comisaría, el agente Pedro preguntó a su jefe: - ¿Cree que la muerte de este hombre tenga algo que ver con el hecho de que sea uno de los Notarios más famosos de la ciudad?

- Hombre, como poder, puede. Piensa, Pedro, que un Notario da fe a muchos negocios y herencias que no siempre benefician a todos. En los testamentos, en ocasiones se presentan impugnaciones que dejan las herencias en disputas durante muchos años. Pero si me aprietas un poco, me atrevería a decir que esta muerte no guarda relación con lo que acabo de explicar. Creo que la cosa no va por ahí. Esto de la foto, la cadenita y el medallón encontrados me lleva a pensar otra cosa. Esa es mi impresión, pero también puedo estar equivocado. Trabajaremos en ellos y trataremos de averiguar qué se esconde tras esta muerte.

Cuando el comisario Argüelles llegó a su despacho, sobre la mesa encontró una nota que le había dejado su secretaria y decía así: “Comisario, llame al teléfono 777 594 886, y pregunte por Miguel, al parecer tiene algo interesante que decirle sobre el suceso del campo de golf”.

- Lee esto, Pedro. A ver qué te parece.
- ¿Quién será este Miguel, que sabe algo sobre lo sucedido en el campo de golf? - Preguntó al comisario el agente, después de leer la nota.
- Solo hay una forma de saberlo. Le llamaré.
- El comisario Argüelles cogió línea y marcó el número que figuraba en la nota de su secretaria.
- ¡Dígame!
- ¿Es usted el señor Miguel?
- Sí, ¿y usted el comisario Argüelles?
- Lo soy. Creo que quiere decirme algo en relación con lo sucedido en el campo de golf. ¿Es así?
- Así es, comisario. Pero no por teléfono. Es muy largo de contar. ¿Le parece bien que nos veamos en el café Capuchino del Paseo Marítimo?
- Muy bien. Allí nos veremos dentro de una hora.
- De acuerdo, comisario. Allí dentro de una hora.
- Y el tal Miguel colgó el teléfono.
- Veremos, Pedro, qué tiene que decirnos este hombre.
- Sí que resulta algo extraño. Pero si él nos ha llamado, es porque tiene algo que decirnos. No creo que la noticia de lo sucedido en el campo de golf haya llegado a la ciudad antes que nosotros. Ni creo que tengamos que actuar contra él, siendo él quien nos ha llamado.
- Lo que me pregunto, Pedro, es ¿cómo este hombre ya sabe lo sucedido en el campo de golf?
- Sí que resulta extraño, comisario. No creo que la noticia haya llegado a la ciudad, cuando acabamos de abandonar el campo de golf y solo cuatro personas hemos intervenido en lo sucedido.

- Iremos a la cita con el tal Miguel y sabremos lo que tiene que decirnos. Puede que sea de verdad interesante y nos ayude a resolver la muerte de este hombre.

Al llegar un hora después al café Campuchino, un hombre de aspecto fuerte y de unos cuarenta años allí les estaba esperando.

- ¿Comisario Argüelles?

- Sí. Mi ayudante, el agente Pedro.

- Nos sentamos - propuso el hombre que les estaba esperando.

- De acuerdo. Usted dirá, señor Miguel...

- Miguel Mateo.

- Bien, señor Mateo. ¿Qué desea decirnos sobre lo sucedido en el campo de golf? Al parecer está usted al corriente...

En ese momento se acercó el camarero y les preguntó lo que iban a tomar.

- Una cerveza - pidió el comisario.

- Yo tomaré lo mismo - dijo Pedro.

- Pues usted dirá, señor Mateo, el motivo de su llamada.

- Para comenzar, comisario, le diré que yo soy uno de los tres guardas jurados que hay en la entrada de la zona residencial en la que está ubicado el campo de golf. Tenemos una caseta de control a la entrada de dicha zona, y usted preguntará, cómo he sabido lo sucedido con el encuentro del cadáver cerca del *green* del hoyo nueve. La explicación es muy simple, porque me ha llamado el compañero de turno esta mañana, y me lo ha contado todo.

- Eso está bien. Ahora, cuénteme dónde encaja usted en este asunto.

Miguel Mateo se tomó unos segundos de tiempo antes de responder al comisario Argüelles.

- Verá, comisario. Yo estaba anoche de turno cuando se supone que entró el coche con el cuerpo de la persona muerta que dejaron entre los árboles.

- Muy bien, ¿cómo está usted implicado en todo esto?

- Se lo cuento, comisario. A las diez de la noche tenía que hacer el relevo al compañero que hace el turno de tarde. Pero, esa noche, antes de acudir a mi trabajo celebrábamos el cumpleaños de mujer en mi casa y cenamos toda la familia junta. Y, ya se sabe, una cena más copiosa que de costumbre, un par de vasos de vino, una copa para brindar... Resumiendo, que acudí a mi turno de noche, pero con dos horas de retraso.

Miguel Mateo interrumpió su relato. Se le veía contraído y apesadumbrado.

- Continúe, por favor - le animó el comisario.

- Se supone que la llegada del coche que llevaba ese hombre muerto se produjo mientras estaba dormido por el efecto de la bebida... Y por eso no les di el alto y les pedí identificación. En circunstancias normales lo hubiera hecho antes de que entrara en la zona residencial. Me avergüenza lo que estoy contando, pero es lo que realmente sucedió. Le agradecería, comisario, que no hiciera constar esta confesión en su informe, porque de conocerse, mi despido sería inevitable, lo que supondría la ruina para mi familia, que depende de mi trabajo.

- Si no es necesario, no lo haremos - aseguró el comisario -. Pero de cara a la investigación... lo cierto es que no tenemos casi nada, o nada, sobre lo sucedido.

- Sí que tenemos algo, comisario. Cuando el supuesto coche abandonó la urbanización, también, supuestamente después de dejar el cadáver, yo ya estaba espabilado, así que para no verme comprometido, tomé una foto de la parte trasera del vehículo con mi teléfono móvil. Se marcharon de allí a toda velocidad, como para no ser vistos. Aquí tiene mi teléfono. Cuando tenga la fotografía del coche me llaman y yo pasaré por la comisaría a recogerlo.

- De acuerdo, señor Mateo. Esto último compensa su falta por haberse dormido. Por mi parte, y si no es necesario, nada de lo que nos ha contado figurará en el informe. Todo quedará entre nosotros.

Así quedó pactado.

- Pero, antes de terminar esta entrevista, le voy a enseñar la fotografía de una mujer, y usted me dirá si en uno de sus turnos de mañana, tarde o noche, la ha visto entrar en la zona residencial.

El comisario Argüelles sacó su teléfono móvil, lo encendió, y cuando tuvo la fotografía de la mujer de la taquilla-armario en pantalla, se la mostró.

- Mírela bien, no hay prisa.

El guardia de seguridad, Miguel Mateo, la miró con atención, hasta que dijo:

- No, comisario. No recuerdo haberla visto jamás.

- ¿Está seguro?

- Lo estoy, jamás la he visto.

El informe forense que recibió el comisario Argüelles relativo a la autopsia practicada al cadáver del Notario Alejandro Estrada le dejó perplejo, anonadado, confundido. Entre las mil suposiciones que había sopesado sobre aquella muerte, lo realmente sucedido era la última de todas. Se sintió como si le hubieran estafado en una subasta pública, en la que él había pujado por un cuadro que luego resultaría ser más falso que el beso del propio Judas.

Cuando entró en su despacho el agente Pedro y le vio tapándose la cara con las dos manos, sólo se le ocurrió preguntarle:

- No estará pensando, jefe, en suicidarse, ¿verdad?

- Pues no sería una mala idea. Toma, lee esto. - Le pasó el informe del forense.

A medida que el agente Pedro lo leía, su cara iba cambiando de expresión, de asombro a incredulidad. Devolvió el informe forense a su jefe, a la par que le decía:

- Si quiere, comisario, yo me suicido con usted.

- Habremos de pensar en ello, Pedro. ¿Qué te parece si mañana vamos al tanatorio, a ver qué pescamos por allí?

- Me parece buena idea. ¿Cree, comisario, que la viuda, si es que hay viuda, conoce el resultado de la autopsia?

- Pienso que sí, aunque también pienso que no lo va a hacer público, que todo quedará en familia, porque de no ser así, la explicación resultaría arto complicada.

- Entonces mañana iremos al tanatorio, a ver qué “pescamos” por allí.

Al día siguiente, ya en el tanatorio, el comisario Argüelles y el agente Pedro se sumaron a distintos grupos de personas, según habían convenido, para oír de unos y de otros, los comentarios sobre la muerte del Notario Alejandro Estrada, prohombre de la ciudad.

A medida que avanzaba la mañana, el número de amigos y deudos fue en aumento, lo que dificultaba llegar hasta el féretro que permanecía abierto, y dedicar un último adiós al difunto.

De pronto, el comisario Argüelles presenció una escena que lo dejó sorprendido. Una gran dama de completo luto, sentada en una silla de ruedas, fue acercada entre el silencio de todos, hasta el féretro, empujada por un joven que también iba de luto riguroso.

El comisario Argüelles, no pudiendo resistir la tentación de saber quiénes eran aquellas dos personas, se aventuró a preguntar a la persona que se hallaba próximo a él:

- Por favor, dígame, ¿quién es la dama que va en la silla de ruedas?

El hombre que fue preguntado miró al comisario de arriba abajo, preguntándose quién demonios era aquel

hombre que estaba en el tanatorio y no sabía quién era la dama.

- Es doña Matilde, la señora..., perdón, la viuda de don Alejandro Estrada. Y, quien empuja la silla, es Óscar, el más joven de sus tres hijos.

Una vez más, el comisario Argüelles se quedó sin habla. “Estaba claro que una cosa y otra le llevaban de sorpresa en sorpresa”.

Entonces se preguntó, “¿quién es la mujer de la foto del interior de la taquilla-armario?”

Al ver al agente Pedro cerca de él, le hizo una seña casi imperceptible para que se acercara más. Una vez juntos, se dirigieron a un lugar apartado de la sala para poder hablar en voz queda.

- Pedro, voy de una sorpresa a otra. ¿Recuerdas la fotografía pegada en la parte interior de la taquilla-armario del vestuario del club de golf? Pensamos que sería la esposa del fallecido...

- Lo recuerdo, jefe.

- Pues mira a la señora de luto en la silla de ruedas. Es la esposa, ahora viuda, del hombre encontrado muerto en el campo de golf.

- ¿Seguro que es ella, jefe?

- Seguro, Pedro. Y el joven que empuja la silla es el hijo menor de don Alejandro Estrada.

- Entonces, jefe...

- Entonces, Pedro, se nos presenta la pregunta del millón. ¿Quién es la mujer de la fotografía, y qué representa en la vida del muerto para que la tuviera presente cada día que jugaba al golf?

- ¿Cómo daremos con ella, jefe?

- Otra pregunta, y otro millón en juego. Aunque ignoramos si esa mujer tiene alguna relación con la muerte de este hombre.

- ¿Qué hacemos de momento?

- Nos quedaremos aquí hasta que se vaya la última persona. ¿Recuerdas bien la imagen fotográfica de la mujer en cuestión?

- Creo que sí, comisario.

- No obstante, mírala - añadió el comisario sacando el teléfono móvil -. Grábala en tu memoria. Ahora, tú por un lado y yo por otros, mirando a todas las personas, por si se le hubiera ocurrido venir.

- De acuerdo, jefe.

Las horas pasaron con una lentitud aplastante. Una de las primeras personas que abandonaron el velatorio fue doña Matilde, la viuda del difunto don Alejandro Estrada con su hijo menor, Óscar, que empujaba la silla de ruedas.

En las últimas horas de la tarde, el ataúd fue cerrado y retirado. Al día siguiente será depositado en el Panteón familiar en el cementerio de la ciudad.

Y, después de que la sala quedara vacía, el comisario Argüelles se reunió con su ayudante, el agente Pedro, y le comentó:

- Según hemos visto, la mujer de la fotografía no ha aparecido por aquí, lo que me lleva a que tenemos algo que hacer con la mayor urgencia posible.

- ¿De qué se trata, jefe?

- De ir al club de golf y retirar la fotografía de la taquilla-armario antes de que la familia vaya a recoger las cosas que el difunto guarda en ella.

- Eso es cierto, jefe. Debemos hacerlo.

A la mañana siguiente, el comisario Argüelles y su ayudante se presentaron en el despacho del director del club de golf, Sur-Poniente, y le expusieron cuál era la situación con respecto a la fotografía que se guardaba en la taquilla-armario de Alejandro Estrada.

- Estoy de acuerdo con ustedes, pero pongo como condición retirar la foto y destruirla.

- Por nuestra parte, de acuerdo. Tenemos la foto grabada en el teléfono móvil, lo que nos servirá para nuestra investigación.

Y así se hizo. Se retiró la fotografía de aquella mujer de la taquilla-armario, y la misma fue destruida en tantos pedazos que jamás podría ser reconstruida.

- Misión complicada, señor Núñez. La familia podrá proceder a llevarse las pertenencias del difunto, sin que conozcan la existencia de esta foto, ni de esta mujer, Lo siguiente ya es cosa nuestra.

Después de dar por terminado el tema referente a la fotografía de la mujer desconocida, y ya de camino desde el club de golf a la ciudad, el comisario Argüelles le preguntó a su subordinado:

- Pedro, volviendo al día de ayer, ¿qué te pareció el aspecto del difunto notario?

- Pues jefe, que no tenía aspecto de haber sufrido una muerte violenta. En lo que pudimos ver, su cara y las manos sobre el pecho, ni un arañazo, ni un moretón, nada, como si hubiera muerto mientras dormía.

- A esa misma conclusión llegué yo. Debemos releer el informe forense y ver si nos aclara algo.

- De momento no podemos hacer otra cosa excepto tratar de localizar a la mujer de la fotografía.

En las primeras averiguaciones, el comisario Argüelles se enteró de que la dama de negro, la viuda de don Alejandro Estrada, llevaba quince años inválida en una silla de ruedas, y que su marido jamás la había abandonado ni un solo día desde que un accidente la dejó postrada para siempre. Permaneció a su lado, sin que nunca diera que hablar, lo que obligó al comisario a pensar que la mujer de la foto del club del golf se trataba de una amante. Pero, ¿quién era esta mujer, que al parecer nunca dio pie a las murmuraciones?

- Comisario, ha dicho, que la viuda de don Alejandro sufrió un accidente que la dejó inválida para siempre. ¿Qué le sucedió?

- Al parecer era aficionada a la equitación, un día se cayó del caballo, se rompió la columna vertebral y quedó inválida de por vida.

- Una triste historia, jefe.

Luego hablaron de que, al día siguiente, sobre las doce, recibirían sepultura en el Panteón familiar, los restos mortales de don Alejandro Estrada, en un acto íntimamente familiar.

- Durante ese acto, estaremos atentos, por si viéramos a esa mujer, aunque sea de lejos.

- De acuerdo, jefe.

Pero todo terminó y los dos policías no vieron a nadie que no fueran los familiares que ya vieran en el tanatorio, así como los dos hijos mayores que no conocían.

En la tarde de aquel mismo día, se celebraron los funerales religiosos por el alma del difunto Notario en la Iglesia del Cristo de la Buena Sangre. Allí estuvieron el comisario y el agente Pedro. Se sentaron a ambos

lados para ver a las mujeres que entraban y salían. Resultado: la mujer de la fotografía tampoco estuvo allí. Un fracaso más.

La noche siguiente al sepelio de don Alejandro Estrada, su viuda, doña Matilde, habló con sus tres hijos tratando de sincerarse con ellos al afrontar la nueva situación de su vida: a partir de la pérdida del hombre que siempre la había protegido, y en especial, desde el día aciago en que se cayó del caballo y quedó parapléjica de por vida.

Les decía en aquel momento:

- Sé que en la vida de vuestro padre ha habido otra mujer en estos últimos años. Y lo digo no como un reproche hacia él, sino como algo que ha sucedido y que sé desde hace tiempo. Y sé también, y quiero que lo sepáis, que en vuestro padre jamás noté un solo motivo de deslealtad conmigo, ni que jamás me faltara su cariño. Ni que esa relación supusiera un menoscabo para mi dignidad, ni como esposa ni como mujer, ni tampoco para su familia, ni para sus hijos.

Doña Matilde se tomó unos segundos para respirar, y luego continuó:

- Por lo tanto, os digo, que, si algo sabéis sobre lo que estoy diciendo, os ruego que lo llevéis con dignidad y nunca como un reproche hacia vuestro padre. Yo solo tengo para él y para su memoria, agradecimiento, respeto y cariño, por su abnegado comportamiento para mi persona y para mi situación especial como mujer.

Otro descaso hizo doña Matilde, en esta oportunidad para contener las emociones, continuando acto seguido donde lo había dejado.

- Y, en cuanto a la presunta amante de vuestro padre, quiero deciros, y con Dios como testigo, que no siento hacia ella ninguna animadversión, ni por supuesto, ningún sentimiento de odio. Si contribuyó a dar a mi marido el placer sexual que no podía darle, es algo que en cierta forma yo debo agradecerle. Si ella tuvo su amor, a mí nunca me faltó su cariño y su respeto.

- Madre - intervino Álex Estrada, el hijo mayor de doña Matilde -, yo creo, y perdone se lo diga, que es excesiva la generosidad que usted muestra hacia esa mujer. Una amante, por decente que nos pueda parecer, no deja de ser una fulana.

- No hables así, hijo. La generosidad hacia un semejante, aunque te pueda parecer excesiva, nunca es suficiente. Dios nuestro señor, por medio de su hijo Jesús, nos enseñó que la generosidad es siempre una virtud, nunca un defecto. La generosidad es la clave de la felicidad. No lo olvides, hijo.

- De acuerdo madre, no pensemos más en ello.

El comisario Argüelles recibió de buena mañana una llamada de la señora Sebastiana, la dueña del coche Opel que tantas veces se había llevado su sobrino Diego.

- Comisario, soy Sebastiana, la dueña del coche Opel. Me ha llamado la Policía Municipal, que ha encontrado mi coche a las afueras de la ciudad, cerca de la depuradora.

- ¿Cómo ha sido la llamada?

- Un agente me ha llamado, me ha dicho que me esperan allí.

- Señora Sebastiana, pasaremos a recogerla. Yo llamaré a la Policía Municipal para que no toquen nada. Usted espérenos abajo en su portal. En unos minutos la recogemos.

El comisario Argüelles y el agente Pedro, recogieron a la Señora Sebastiana Durán en el número 19 de la calle del Pez. Ya, los tres en el coche, se dirigieron hacia la depuradora de aguas residuales que se encuentra a unos dos kilómetros de la ciudad.

Llegaron a la depuradora en menos de una hora, después de atravesar la ciudad. Al legar allí, el Guardia Mu-

nicipal que les estaba esperando fue al encuentro del comisario, al que vio llegar en el coche policial.

- Comisario Argüelles, supongo.

- El mismo. Mi ayudante, el agente Pedro, y la señora Sebastiana Durán, la propietaria del coche.

- Pues señora, prepárese para lo peor.

- ¿Qué quiere decir, agente?

- Que su coche está hecho un chicharrón.

Cuando Sebastiana Durán vio su coche, no pudo reprimir una exclamación de angustia.

- ¡Dios mío! ¿Qué han hecho con mi coche?

El agente Pedro corrió a sujetar a la pobre mujer que apunto estuvo de desmayarse.

- Y ahora, ¿cómo voy a ir a mi trabajo sin coche?

- Supongo - dijo el comisario - que tiene seguro.

- Sí, lo tengo asegurado a todo riesgo, pero no sé si ampara todo esto, y mientras tanto a ver cómo voy al trabajo...

- Usted dé parte al seguro hoy mismo con lo que ha sucedido. Nosotros prepararemos un informe para que lo adjunte, aunque mucho me temo que no dará para comprarse un coche nuevo. Pero al menos sí que podrá comprar uno de segunda mano. Más no podemos hacer, aunque siempre queda la puerta abierta de que ponga una denuncia, detengamos al culpable y consigamos que pague por lo que ha hecho.

El comisario Argüelles se decepcionó por cómo quedó el coche y que no hubiera huellas dactilares que buscar.

- Ahora, Pedro, tenemos una gran agenda para investigar, ya que en este coche difícilmente encontra-

remos huellas que indiquen que fue usado para llevar el cadáver del Notario al campo de golf.

- A mí comisario, lo primero que se me ocurre es dar una vuelta por aquí, a ver si hay suerte y encontramos la lata de gasolina que emplearon para rociar el coche y prenderle fuego.

- Esa es una idea genial, Pedro.

- Y otra cosa que haremos, será visitar las gasolineras más próximas a este lugar, a ver si recuerdan un coche Opel, de color azul, y a un hombre o dos comprando gasolina en una lata.

Buscaron y encontraron. Tanto el agente Pedro como el guardia municipal batieron la zona de la depuradora y encontraron una lata de aceite para coches de unos cinco litros.

- ¡Eureka! - exclamó triunfal el agente Pedro-. Ya la tenemos -.

Se quitó la chaqueta y envolvió la lata con sumo cuidado, para evitar borrar posibles huellas dactilares.

- Esto es un triunfo como comienzo de nuestra investigación, Pedro. Tenemos esta lata con olor a gasolina, y los dos zapatos del hombre encontrado muerto. Si las huellas dactilares coinciden, tanto en la lata como en los zapatos, parte de la investigación estará resuelta.

- ¿Así de fácil, jefe?

- Bueno, no tan fácil. Pero si en los zapatos encontramos las mismas huellas que en la lata de gasolina, eso demostraría...

- Que los zapatos no se los puso el difunto, sino que...

- Se los pusieron, Pedro.

De nuevo en su despacho, el comisario Argüelles llamó a su ayudante, el agente Pedro, al que preguntó:

- ¿Guardaste los zapatos?

- Claro, jefe. Los dejé en mi taquilla después de que se tomaran las huellas dactilares.

Al cabo de cinco minutos apareció el agente Pedro, con los zapatos en la mano.

- Ponlos encima de mi mesa con las punteras hacia ti.

- Y ahora, ¿qué hago?

El comisario los sujetó con sumo cuidado.

- Ahora, Pedro, desátalos con mucho cuidado, pero pon atención en cómo desatas las lazadas. ¿De acuerdo?

- De acuerdo, jefe.

El agente Pedro desató las dos lazadas tirando lentamente de los cordones hasta que se soltaron.

- Y ahora, jefe, ¿qué hacemos?

- Yo me los voy a poner y me los ataré como hago habitualmente; luego tú, una vez más desatarás las lazadas, pero poniendo mucha atención en ello.

Pedro así lo hizo.

- Y bien, Pedro. Dime ahora, ¿qué diferencia has notado al deshacer unas lazadas y otras?

- Bueno, yo...

- No tengas prisa en contestar. Tómate el tiempo que necesites.

- Pues no sé. A mi me ha parecido lo mismo una lazada que la otra.

- O sea que, esta prueba no te ha demostrado nada, ¿verdad?

- Pues no, jefe, lo siento.

- No lo sientas, Pedro. Ahora repetiremos lo mismo una vez más, a ver si notas algo que te llame la atención.

El agente Pedro volvió a repetir lo hecho anteriormente y esta vez sí que notó algo diferente.

- Dime qué has notado, por favor.

- Que una lazada se deshacía a la derecha, y la otra hacia la izquierda.

- ¡Bingo! -. Exclamó triunfal el comisario Argüelles.

- Por fin.

- Por fin, ¿qué, jefe?

- Que el muerto no tenía los zapatos puestos, que se los pusieron antes de meterlo en el coche y llevarlo al campo de golf para abandonarlo allí.

- Un diez para usted, jefe. ¿Y eso a dónde nos lleva?

- Me lleva a que los zapatos se los pusieron y que la ropa también, o sea que lo vistieron.

- Quiere decir, comisario, que murió desnudo.

- Pienso que es la opción más probable, lo cual nos lleva a que tenemos que averiguar por qué murió desnudo, por qué lo vistieron y por qué lo llevaron al campo de golf.

- Tarea difícil, jefe.

- Difícil sí, Pedro; pero no imposible. Ese es nuestro trabajo y lo vamos a hacer. Averiguar qué pasó con este hombre.

- Eso es cierto, jefe. Yo creo que la viuda no querrá que se dé publicidad a este asunto. Y menos, que se pueda descubrir algo turbio en todo este asunto, que pueda ensombrecer el buen nombre de la familia...

- Seguro que la viuda del Notario, aquella señora que vimos en el tanatorio en silla de ruedas, también estará

interesada en saber quién o quienes llevaron el cadáver al campo de golf. Aunque lo que me resulta curioso es que no presentara denuncia por la desaparición de su marido. Si actuamos nosotros, lo hacemos de oficio, no porque tengamos una orden judicial.

Dos hombres en la terraza de un café comentaban en aquellos momentos lo último aparecido en la prensa aquel día. La noticia hacía una amplia referencia al coche calcinado cerca de la depuradora de las aguas residuales de la ciudad. En otra página, se daba una amplia información sobre el cadáver encontrado cerca del *green* del hoyo 9 del club de golf Sur-Poniente, noticia de rabiosa actualidad.

- No sé Ramón - decía uno de ellos -, si hemos acertado al prender fuego al coche que robamos para llevar el cadáver de ese hombre al campo de golf.

- Posiblemente no, pero cuando las cosas se comentan a toro pasado, lo más fácil es pensar en los errores que se hayan cometido. Y seguro que alguno cometimos. ¿No lo ves así, Miguel Ángel?

- Pues sí. Y con lo que hemos hecho, hemos puesto a toda la prensa en movimiento, y por supuesto a la policía. Desde que hicimos este trabajo me he preguntado qué compromiso te unía a don Alejandro, para hacer lo que hemos hecho, ya que no ha sido por dinero, precisamente.

- Ya sabes que no necesito dinero, e incluso, aunque lo necesitara, por dinero jamás hubiera hecho una cosa así, ni te hubiera involucrado. Lo he hecho por una cuestión de agradecimiento, para pagar un favor, ha sido un compromiso.

- Si me lo explicas sabré de qué se trata...

- Se trató de la herencia de mi padre, y gracias a él, la guerra entre hermanos se solucionó sin mayores problemas.

- Y tú quedaste en deuda con don Alejandro. ¿Fue así?

- Así fue. Un favor se paga con otro favor, no con dinero.

- Y cuando esa mujer te llamó y te dijo lo que quería...

- Yo no me negué. Ya sabes la contestación. Después de que me llamara llorando en nombre de don Alejandro te llamé, te dije que se trataba de ir a su casa, le ayudáramos a vestir a un hombre, lo bajásemos y lo dejáramos en el campo de golf, cerca del *green* del hoyo 9. También en la postura que quería que lo dejásemos. Todo me lo dijo entre sollozos.

Esto le explicaba Ramón a su amigo Miguel Ángel.

- Todo sucedió así, por mi parte, en lo único que me equivoqué fue en robar el coche, según lo veo ahora. En cuanto a la propietaria del coche, crea que con una indemnización queda el tema resuelto.

- Pero, para eso, tendrías que identificarte, y tu nombre quedaría en manos de la policía a quien habrías de contar todo lo relacionado con el muerto.

- Te digo una cosa, Miguel Ángel, a pesar de todo me siento bien, en vida él me pidió un favor, y yo

cumplí con mi promesa. Amor con amor se paga. Lo lamentable es que ha sido a costa de su muerte. Son cosas del destino.

- **D**oña Matilde, una señora que no ha querido darme su nombre desea hablar con usted.

- Pero algo habrá dicho, Fermina.

- Se lo he preguntado, y solo me ha dicho que se trata de un asunto confidencial y urgente, y que dar su nombre no significaría nada para usted.

- Está bien, hazla pasar al salón, pero no te alejes por si te necesito.

- De acuerdo, señora.

En unos segundos, doña Matilde tuvo ante ella a una mujer rubia, de ojos negros, muy agraciada de cara, de poco más de treinta años. Debajo del poco maquillaje que llevaba, doña Matilde adivinó huellas de algún sufrimiento.

- Y bien señora, usted dirá de qué tenemos que hablar...

- ¿Puedo sentarme, señora?

- Por favor, tome asiento. Y dígame ¿quién es usted y a qué debo su visita?

- El nombre de su difunto marido es la parte importante de lo que deseo hablar con usted. Por lo que le

ruego que esta conversación sea privada. - Y miró hacia donde se encontraba la doncella Fermina.

Doña Matilde hizo un gesto a su doncella, y Fermina se retiró cerrando la puerta tras de sí. Al mismo tiempo, la señora de la casa movió su silla de ruedas y se situó frente a la mujer desconocida.

- Deseo decirle, señora, y le pido perdón por ir directamente al tema, que hasta el mismo día que murió don Alejandro, he sido su amante.

- ¿Y usted se ha atrevido a venir a mi casa para ofenderme diciéndome que ha sido amante de mi marido hasta el mismo día de su muerte? Es usted una desvergonzada.

- Si me conociera señora, no me insultaría de esa manera. Yo nunca he sido querida de su marido, la amante, sí. Y, con todo respeto, creo que hay diferencia entre una expresión y otra.

- No pretenderá darme lecciones de semántica, ¿verdad?

- Por Dios, señora, no pretendo darle lecciones de nada. Seguro que tengo muchas que aprender de usted, como las aprendí de don Alejandro. Desearía que ambas no relajásemos y pudiéramos hablar sin necesidad de ofendernos.

La visitante se tomó unos segundos y continuó.

- Si tiene un poco de paciencia y me escucha, verá que no he venido a su casa para ofenderla, sino a solicitar su ayuda.

- No habrá venido a pedirme dinero, porque haya fallecido mi marido y lo necesite...

- ¡No por Dios! ¿Cómo puede pensar eso? Jamás se me ocurriría una cosa así.

- Entonces... De verdad que no entiendo el motivo de su visita.

- Me estoy muriendo. Por eso he venido a su casa.

Al oír algo tan terrible, el tono de actitud de doña Matilde se suavizó como por arte de magia. La sorpresa la dejó sin fuerzas para seguir hablando. Veía a aquella mujer tan joven, tan bonita y al parecer tan llena de vida, que no podía creerse que se estuviera muriendo. Tardó varios minutos en reaccionar y recuperar el habla.

- La verdad... No sé qué decir. Por primera vez me faltan las palabras.

- La comprendo, señora. De pronto se encuentra usted con una mujer que durante años ha sido su rival en la vida de su marido, que llega a su casa y le confiesa, no su pecado, sino que se está muriendo y le pide ayuda... No es para menos.

- Deseo que sepa antes de continuar, que usted nunca ha sido mi rival en la vida de mi marido. Él nunca dejó de quererme a pesar de mis carencias como mujer, y a pesar de su belleza y juventud, las cuales posee, aunque me diga que se está muriendo. O sea, que mi esposo utilizó mi desgracia para conquistarla y llegar a su corazón, haciéndose la víctima dolorosa.

La mujer rubia y ojos negros se quedó mirando a la gran dama que tenía frente a ella, atónita al escuchar aquellas palabras, sin dar crédito a lo que estaba oyendo.

- ¡Oh, no! Creo que usted no conocía bien a su marido si es capaz de creer que él utilizara su desgracia para llegar a mi corazón. Él me dijo lo que le había sucedido casi un año después de... bueno, de ser amantes. Un hombre como don Alejandro nunca sería capaz de utili-

zar su desgracia para conquistarme. Se equivoca, de verdad que se equivoca.

- Lo siento. Creo que no he medido bien mis palabras.

- No lo haga, por favor. Yo sé lo mucho que usted lo quería, como sé lo mucho que él la quería a usted. Siempre tuve celos, a pesar de mi juventud. Cuántas veces me diría, que nunca me querría como la quería a usted. Y eso, para una mujer joven, es muy duro, pero yo lo acepté siempre sin que de mis labios saliera ningún reproche por ello. Así fue nuestra relación hasta su muerte. Siempre anteponía el cariño hacia usted. A mí me quería..., bueno, como se quiere a una...

- No lo diga, por favor. Dejemos así las cosas en honor a su memoria.

- Cuando don Alejandro me conoció, yo estaba en los veinte y pocos, y sin falsa modestia, era una joven muy bonita y hermosa. Y ahora ya me ve, mi único futuro es la muerte. Resulta irónico, ¿verdad?

- No sé qué puedo decir; pero encontrarse en una situación así, más que irónico, es terrible. Una cosa así la lleva a una a la confusión. Desde que se ha sentado frente a mí y la he estado observando, debo confesar sin sonrojarme, que he sentido celos por usted. Esos mismos celos que nunca padecí al sospechar que podría tener una...

- Una querida. No sufra, que no me molesta.

- Prefiero - dijo doña Matilde -, una amante.

- Su generosidad para conmigo puede emanar del hecho de que me estoy muriendo...

- ¡No, por favor! No vuelva a decir eso ni en broma. Ahora lo digo, porque al tratarla, veo ante mí una mujer diferente, no a una...

- Lo ve, a una amante de su marido.

- No, porque siempre he pensado en usted llena de prejuicios. Hoy he tenido la suerte de conocer a una mujer distinta a la que siempre imaginé. ¡Ahora todo es diferente!

- Sí, sí que lo es. A mí me pasa lo mismo con respecto a usted. Siempre me la había imaginado como a una gran señora, y en eso no me he equivocado. Pero también que era una persona autoritaria e inaccesible, y en eso me he equivocado. Pero le quiero decir sin faltar a la verdad, que yo sí que he tenido celos de usted todos estos años, y que yo siempre me veía como segundo plato, e incluso, en ocasiones, como si fuera el postre. Pero aprendí a soportarlo y a sobrellevarlo con dignidad, que yo, aunque amante, también la tengo.

- Mucho me temo - dijo doña Matilde, visiblemente emocionada -, que acabaremos las dos llorando.

- Las dos tenemos motivos más que suficientes para llorar, ya que las dos hemos perdido al hombre de nuestra vida, al hombre que hemos amado. Pero en mi caso es mucho más trágico...

- Mucho más trágico, ¿por qué?

- Cuando conocí a don Alejandro, yo tenía veintidós años, acababa de perder a mis padres en un accidente de coche, y en él no encontré solo a un amante, sino también al padre que había perdido. Ese día tenía un examen y, el no ir con ellos en el coche, me salvó la vida.

- ¿Qué estabas estudiando?

- Letras. Siempre tuve pasión por la literatura, pero a partir de ahí, ya no volví a estudiar. Mi situación económica no me lo permitía. Solo me quedó lo justo para ir

tirando. Los pocos ahorros de mis padres y la pensión de orfandad no dieron para mucho.

- Y cuando conoció a don Alejandro, ¿no le pidió que le siguiera costeadando los estudios?

- Sí que lo hizo... Pero al poco tiempo me cansé de estudiar al perder la ilusión por la muerte de mis padres, y así se acabó la literatura.

- El destino se comporta así. Usted no fue en el coche con sus padres y salvó la vida. Yo me caí del caballo que tantas veces había montado, y aquí estoy, postrada en esta silla de ruedas, inválida y acabada como mujer. Supongo que me entiende.

- La entiendo y lo siento. El destino juega con nosotros como quiere, así lo dicen los que entienden de estas cosas.

- Y el destino de cada persona, dicen los astros, que está escrito al nacer. Yo, prefiero creer en Dios mejor que en ellos. Aunque sea cierto que al nacer ya tenemos el camino marcado con un principio y un final.

- Por cierto - dijo doña Matilde - llevamos hablando no sé cuánto tiempo y todavía no me ha dicho cómo se llama.

- Me llamo Daniela.

- Qué curioso, mi segundo hijo también se llama Daniel. El pequeño Óscar, y Alejandro como su padre, el mayor.

- ¿No tiene ninguna niña?

- Pues no, todo varones. ¿Por qué le pusieron Daniela sus padres?

- Mi padre era muy religioso y tenía gran preferencia por el profeta Daniel.

- Muy curioso - dijo doña Matilde -, sí, muy curioso. Luego añadió:

- Y usted, Daniela, ¿es también religiosa?

- Lo era, pero a partir del accidente de mis padres y su muerte, mi fe se resquebrajó, y ahora tengo muchas dudas en la justicia divina, y he dejado de ir a la iglesia porque los sermones me sonaban faltos de sentido. Se hizo un vacío en mis creencias, pero un día apareció un hombre maravilloso en mi vida, y poco a poco, como suele decirse, las aguas han vuelto a su cauce.

- Al hablar de ese hombre maravilloso, ¿se está refiriendo a mi esposo don Alejandro? - Le preguntó doña Matilde.

- A él me refería - fue la respuesta de Daniela. Pero a continuación añadió:

- Don Alejandro me hizo ver que era muy joven, y que todo en mi vida no está perdido. Sentir la amistad de aquel hombre, respetado y admirado por todo el mundo, me hizo sentirme importante, y no por ser su amante, que esto nadie lo sabía, y a partir de ahí recuperé la fe en Dios que había perdido, una frase que había oído tantas veces.

- ¿A qué se refiere, Daniela?

- La que dice: “Dios no cierra una puerta sin dejar abierta una ventana, por la que entra la brisa y nos permite respirar de nuevo”.

- Hay algo Daniela, en usted, que estoy obligada a decirle con agradecimiento: todas cuantas veces se ha referido a mi esposo, lo ha hecho empleando siempre el don, lo ha dicho con un respeto que es digno de admirar. Y, yo de verdad, que se lo agradezco. Mucho

me gustaría que mis hijos la oyeran hablar así de su padre.

- Eso que dice, señora, es muy bonito; pero a lo mejor sus hijos no lo verán igual, y en mis palabras solo vean la opinión de una fulana que se acostó con su padre.

- Puede que tenga razón en lo que acaba de decir, pero a pesar de todo, no les pasaría por alto el respeto que usted pone al hablar de él.

- Conocí a sus tres hijos el día que ustedes dieron sepultura a don Alejandro en el panteón familiar, Y, luego por la tarde, en las exequias de San Francisco. Lo cierto es que, sin conocerlos, siempre tuve la sensación de que eran sin duda, los hijos del finado. Su padre había hablado tantas veces de ellos, que siempre me pareció conocerlos. Me contaba cosas de ellos, y me maravillaba cómo lo hacía y la pasión que ponía en sus relatos.

- Me emociona, Daniela. Dígame ¿cómo fue en el cementerio para ver el sepelio de mi esposo, sin que nosotros la viéramos a usted? No vimos a nadie cerca del Panteón.

- Yo estaba con mi hija en una tumba desconocida fingiendo que ponía flores para así pasar desapercibida, y que nadie reparara en nosotras. Desde allí, vimos cuando llegó el coche mortuario y cómo introducían el ataúd en el Panteón familia. Cuando todos se marcharon, llegamos hasta la puerta del mismo, rezamos una oración y nos fuimos a mi casa. Allí no quedó nadie.

Doña Matilde, al oír que Daniela hablaba de su hija, se sintió de pronto aturdida. Mareada, sintió que la sangre se helaba en sus venas. No podía ni tragar saliva, temerosa de conocer algo para lo que no estaba prepa-

rada, comenzó a sudar y a sentirse mal. Al fin se armó de valor y consiguió preguntar:

- Daniela ¿tienes una hija? - Era la primera vez que doña Matilde titubeaba frente a la mujer que tenía frente a ella.

- Pues sí. Tiene diez años. Y es preciosa.

- ¿Una hija de...?

- Sí, una hija de don Alejandro

- Eso es una herejía -Repuso doña Matilde, perdiendo la compostura -. Es una infamia, es una... Hasta ahora te he escuchado con educación y respeto, incluso con cierto aprecio, pero esto que acabas de decir es una monstruosidad.

Daniela no dijo ni una sola palabra. Se levantó e hizo la intención de ir hacia la puerta del salón para marcharse de aquella casa. Doña Matilde reaccionó y en un esfuerzo supremo, hizo algo inusual en ella, como fue gritar...

- ¡En nombre de Dios! No te vayas, no me dejes así, siéntate y tratemos de hablar con calma.

En la puerta del salón apareció Fermina, la doncella, que corrió hasta donde se hallaba su señora.

- No pasa nada, Fermina, puede irse.

Daniela se detuvo. Dudó unos segundos, y al fin se dio la vuelta volviendo a la butaca.

- Siéntate, por favor. Tratemos de serenarnos.

Daniela se sentó de nuevo y con grandes esfuerzos dejó de llorar. Doña Matilde también contuvo las lágrimas y al fin las mujeres parecieron serenarse, y la dueña de la casa se decidió a hablar.

Doña Matilde, decidida a todo, hizo a Daniela esta delicada pregunta:

- ¿Cuándo nació la niña? - preguntó doña Matilde ya sosegada y tratando de suavizar la tensión entre las dos.

- Un año después de iniciada la relación entre don Alejandro y yo. Fue para mí como si de pronto todas las bendiciones del cielo cayeran sobre mí.

- Te voy a hacer una pregunta y espero que no te ofendas por ello.

- Hágala señora, no me ofenderé.

- ¿Estás segura que es hija de mi difunto marido?

- Cuando don Alejandro y yo comenzamos la relación, ya le dije que no era virgen. Además, como hombre lo hubiera notado de inmediato. Don Alejandro no dio importancia a lo que acababa de contarle. Me dijo en tono burlón, “¿sabes? Yo tampoco”. Y ahí quedó el tema. Pasados dos meses ya no tuve la regla y se lo dije: estaba embarazada.

- Y mi esposo, ¿qué te dijo?

- Primero se mostró preocupado, pero pasados unos días me dijo: “sabes Dani”, él siempre me llamaba Dani, “tengo ilusión por lo que tenga que venir, y si fuera una niña, más. Siempre tendrá mi bendición. Mi esposa, por la caída del caballo, dejó de ser una mujer y ya no vinieron más hijos: mi ilusión por ser padre de una niña se truncó para siempre. Si fuera una niña...”

Doña Matilde no pudo contener las lágrimas esta vez.

- Y fue una niña, doña Matilde - dijo Daniela casi sin voz -. Una niña que nació en el mes de mayo. Como las rosas.

- ¡Una niña! - exclamó doña Matilde entre lágrimas. ¡Dios sea alabado! Siempre suspiré por una niña, y ahora es tuya... Qué cruel es el destino a veces. ¿Puedo saber cómo se llama?

- Se lo diré si me promete que no se enfadará ni se lo tomará a mal.

- Y por qué habría de hacerlo.

- Mi hija se llama Matildita, quiero decir, Matilde.

- ¡Oh, no! No puede ser. ¡Dios mío! - y doña Matilde empezó a llorar desconsoladamente.

Daniela esperó a que se calmase sin pronunciar palabra. Viéndola de riguroso luto, encorvada en la silla de ruedas, en aquel momento no tuvo fuerzas para decir nada. Reprimió un impulso par acercarse a ella y abrazarla. No se atrevió ya que desconocía cuál podría ser su reacción ante un gesto así. La tensión entre las dos mujeres se hizo insoportable y al final Daniela se decidió a terminar con aquella situación, haciendo el gesto, una vez más, de abandonar el salón.

- No, por favor, Daniela, no te vayas. Supongo que la idea de poner mi nombre a tu hija fue de mi esposo. ¿Fue así?

- Lo fue, doña Matilde. Tiene mi palabra de honor. Antes de nacer, y como ya sabíamos que sería una niña, don Alejandro me pidió, si yo no tenía inconveniente, que la llamásemos Matilde, por la hija que ustedes no tuvieron, y yo le dije que sí, y así fue.

- ¿Y la niña fue bautizada con mi nombre?

- No, la niña no está bautizada. Ni tampoco ha hecho la primera comunión.

- ¡Por Dios! ¿Qué me dices?

- ¿Cómo iba a bautizar a la niña e iba a hacer la primera comunión sin un padre a su lado?

- ¡Por Dios una vez más! Eso es increíble. Entonces, ¿qué apellidos tiene?

- Su padre, don Alejandro, la inscribió en el Registro Civil con su apellido y el mío.

- O sea, que, si lo he entendido bien, tu hija es una Estrada.

- Lo es, señora. Mi hija es una Estrada Lambea.

- ¡Dios santísimo! Esto es más de lo que podía suponer. Ahora mismo no sé si sentirme feliz por toda esta situación, o la mujer más desgraciada del mundo.

- Desgraciada nunca, doña Matilde. No veo motivo para ello. Mi hija está unida a usted, porque es hermana por parte de padre, de sus tres hijos. Lleva en sus venas la sangre de los Estrada.

- Dicho así, no dejas de tener razón.

- Mientras estamos hablando, se me está ocurriendo una idea que podría solucionar el problema.

- Veamos qué se te está ocurriendo.

- Que la niña sea bautizada y haga la primera comunión al mismo tiempo, y que...

- Y qué, vamos termina de decir lo que estás pensando.

- Que se hagan los dos actos a la vez y usted los apadrine.

- ¿Quieres decir...? Venga, termina. Ya puestos a divagar...

- Que usted sea la madrina y...

- Y qué más. Termina, por el amor de Dios.

- Que hoy sea su madrina y mañana...

- Y mañana, qué. ¡Por favor, no dejes tus frases a medias!

- Que... cuando yo me vaya, sea su madre.

- Eso es una locura.

- ¡¡¡No es una locura!!! - Por primera vez, Daniela se atrevió a gritar. - Mi hija es una Estrada, y cuando yo le

falte, esta debe ser su casa, y usted su madre. Perdóneme, me he exaltado.

- Pero Daniela, ¿es que estás ciega? ¿No me ves aquí, inválida y postrada en una silla de ruedas? ¿Cómo quieres que pueda cuidar a una niña de diez años? Eso es una locura.

- Desde esa silla, usted puede dar una educación que yo jamás podría darle. Hoy es una niña, mañana será una mujer sin madre. ¿Qué quiere? ¿Que cuando yo falte quede en manos de familiares que jamás se han preocupado de ella ni de mí?

- Eso, Daniela, es un chantaje.

- Ni chantaje ni monsergas. Los médicos me han dados tres meses de vida o poco más. Su marido, don Alejandro, descansa en un panteón familiar. Cuando yo muera, ¿dónde me enterrarán? Supongo que en una fosa común. No tengo dinero ni para un ataúd decente. Me enterrarán de caridad.

Daniela dejó de hablar, y un silencio espeso como una losa de hormigón se apoderó de las dos mujeres. Fue doña Matilde la primera en hablar.

- Primero me dices que te estás muriendo, luego me hablas de tu hija, que lo es también de mi esposo, y ahora te quedan tres meses de vida; pero aún no me has dicho qué enfermedad tienes.

- ¡Leucemia, doña Matilde, cáncer de la sangre!

- ¿Y mi esposo lo sabía?

- Sí, y me llevó a los mejores médicos de la ciudad.

- ¿Y no te hablaron de un trasplante de médula?

- Sí que me hablaron de ello. Pero por una palabra que no sé decirla, dijeron que no era posible, y me hablaron de un plazo de vida de unos tres meses, eso es todo.

- Antes de todo esto, me has pedido un favor, ¿de qué se trata?

- El favor es, ni más ni menos, lo que estamos hablando. Que cuando yo me vaya, usted se haga cargo de mi niña, y que usted tenga esa hija que nunca pudo tener. Y, si fuera así, yo me iría... quiero decir, me moriría tranquila sabiendo que mi hija tendrá una nueva madre y una nueva familia.

Doña Matilde, que no se esperaba aquello, se sumió en un estado de sopor, sin saber cómo encajar aquello tal como se lo estaba planteando Daniela. Tardó varios minutos en salir del más profundo de los silencios, sin poder evitar que las lágrimas resbalaran por sus mejillas, tanto o más si cabe, que cuando la informaron de la muerte de su marido.

- Y, ¿por qué yo, y no un familiar tuyo?

- Ya se lo he contado. Nunca se preocuparon de mi hija ni de mí. Además, y por encima de todo, porque mi hija es una Estrada y quiero que lo sea con todo derecho. Así le corresponde como hija de Don Alejandro. No se trata de sentimentalismo, sino de un derecho por ley. Lleva el apellido Estrada, y tiene derecho a que se le reconozca como tal. Así tendrá el día de mañana acceso a la universidad y a una carrera, quién sabe si llegaría a ser una buena Notaria, como su padre.

- Uno de mis hijos ya es Notario, ¿por qué tener dos en la familia?

- Pero yo quiero que mi hija lo sea y por méritos propios. No por caridad.

- ¿Sabes, Daniela, que te explicas muy bien? Creo que te he subestimado, y por ello te pido disculpas.

- No hay nada que disculpar, doña Matilde.

- Si te dijera que no me satisface lo que me estás proponiendo, mentiría, y como odio la mentira, y en un caso como este, no serviría de nada porque mis sentimientos están a favor de lo que me estás proponiendo. Hablaré de ello con mis hijos, y si están de acuerdo conmigo, dalo por hecho. No obstante, ¿sabes lo que pensarían mis amistades si supieran que me hecho cargo de la hija ilegítima de mi marido, producto de un pecado carnal? Que estoy loca de atar.

- Iba a decir una palabrota, doña Matilde, pero me he contenido a tiempo.

- Me imagino lo que ibas a decir, pero mejor dejarlo así. Pero sea de una manera u otra, lo que es más que evidente es que lo tengo que consultar con mis hijos. Es de ley que lo haga así. Mis hijos tienen el derecho a saberlo todo y yo de contar con su aprobación. En una familia bien avenida, lo más lógico es que todos sus miembros estén de acuerdo cuando se toma una decisión de tal magnitud.

Doña Matilde tomó conciencia de lo que supondría en su vida hacerse cargo de aquella niña de diez años. De un lado, la responsabilidad de cuidarla y educarla convenientemente, y de otro, su propio estado de salud, aunque tenía servicio domestico. Siempre tendría que estar pendiente de sus dolencias y limitaciones.

- Usted me dice que lo va a consultar con sus hijos, pero a mí eso me suena a que tenga que haber una votación para ver si mi hija puede o no venir a esta casa como hacen los políticos. No me parece razonable.

- Pero, Daniela... No plantees las cosas de manera tan radical. Mis hijos también son sus hermanos y tienen sentimientos, tú misma lo has ponderado antes cuando hablábamos de ellos.

- Eso es cierto, doña Matilde. Pero ahora es diferente, no se trata de lo bueno o malos sentimientos de sus hijos, sino de lo suyos, de que usted, cuando llegue el momento, se haga cargo de la niña con todos los pronunciamientos. A eso me refiero. Y no porque sus hijos lo hayan aprobado en una reunión familiar.

- Te comprendo. Y si he de tomar en este momento una decisión al margen de mis hijos, te digo que de todo corazón que sí, que cuando Dios nuestro Señor disponga de tu alma me haré cargo de tu hija. No obstante, lo tendré hablado con mis hijos, aunque mi voluntad sea inamovible.

En un impulso incontrolado, Daniela se abalanzó a los brazos de doña Matilde, que apunto estuvo de volcar la silla de ruedas. Sin poderse contener, ambas mujeres comenzaron a llorar. Cuando consiguieron serenarse, Daniela fue la primera en hablar.

- Si decide apadrinar a mi hija ya me lo dirá para que esté preparada para ello. Es una niña muy lúcida y seguro que lo comprenderá todo. Lo más difícil será explicarle el por qué de todo esto.

- ¿Ella no sabe que te vas a... morir?

- Sabe que su mamá está muy malita, pero no hasta ese extremo. Me han faltado fuerzas para decírselo. Es muy duro para una niña de diez años.

- Lo comprendo, Daniela. No es fácil. Es muy sensato lo que acabas de decir, pero tarde o temprano se

lo tendrás que contar, aunque te resulte difícil. Háblale del cielo y de que pronto o temprano, todos nos tenemos que ir. Supongo que alguna vez ha sabido de un familiar que ha muerto. Ponlo como ejemplo de la mejor manera posible. Volviendo a tu enfermedad una vez más, ¿estás segura de que se han agotado todas las posibilidades?

- Todas. Ya se lo he contado. Don Alejandro me llevó a todos los especialistas en hematología y hablaron de eso, de un trasplante de médula, pero tengo algo más, y dijeron que no podía ser. La sentencia fue firme y contundente.

- Por Dios Daniela.... Todo lo que me has contado y con tanto detalle... es como si me hubieras contado una película.

-Y, para mí, es curioso que lo vea así. Yo esperaba que me echara de su casa de mala manera, aunque no sea su estilo, pero gracias a Dios no ha sido así. No sabe lo bien que me siento. Resulta curioso lo que acaba de decir, doña Matilde, porque en una ocasión don Alejandro me dijo: “Mira Dani, la vida es como una película que va pasando ante nosotros, pero de pronto se para sin saber por qué, y nos quedamos sin conocer el final”. Su vida se paró, y él nunca conocerá el final de esta historia en relación conmigo, aunque sí sabía cuál será mi final. La muerte, doña Matilde, está llamando a mi puerta, y cada vez con más fuerza.

- Es difícil decir algo después de escucharte; pero una pregunta sí te quiero hacer, si las quieres contestar: ¿pagaste al hombre u hombres que se llevaron el cadáver de mi esposo al campo de golf?

- No. Él lo tenía hablado con don Alejandro por si un día sucedía... Lo que desagradablemente sucedió. Yo le llamé al teléfono que me anotó su esposo, y aunque vinieron dos hombres, uno fue quien hizo todo sin apenas decir una palabra. Se limitó a hacer lo que tenía que hacer, y se fueron casi sin mirarme a la cara.

- ¿Y cómo bajaron el cadáver desde tu casa?

- ¿Ah, eso? Lo bajaron en una camilla plegable que yo ya había visto en el hospital. Pero no quise ver nada, ni me asomé a la ventana para ver si era un coche normal o una ambulancia. Estaba muy nerviosa y asustada.

Lo que contó Daniela a doña Matilde es que lo tuvieron que vestir para podérselo llevar. Lo bajaron en el ascensor y ella se metió en la cama pues estaba medio desnuda. Lloró hasta que el sueño la venció, y ya no recuerda nada más de aquellos dos hombres, que les sería imposible de identificar con lo sufrido aquella noche.

- ¿Y qué vamos a hacer las dos ahora, Daniela?

- Usted dirá, señora. Yo no tengo fuerzas para tomar ninguna decisión, en sus manos queda todo: presente y futuro. Aunque yo ya sepa cuál es mi futuro.

- Hoy es jueves. Yo comentaré con mis hijos de todo lo que hemos hablado entre nosotras, aunque mi decisión inquebrantable no variará. la niña se quedará conmigo.

La decisión de doña Matilde era a todas luces indiscutible, pues así lo tenía decidido. Matildita se quedaría con ella al fallecer su madre, en un periodo difícil de prever, a pesar del diagnóstico de los médicos, que unas veces aciertan, y otras muchas se equivocan.

- Puedes estar segura - decía en aquellos momentos doña Matilde -, que haré de tu hija una auténtica Estrada. Si estás de acuerdo conmigo, el sábado por la mañana vienes a verme con tu hija, y así nos conoceremos. Para entonces habré hablado con don Anselmo, el párroco de San Francisco, amigo de la familia, y habremos concretado el día y hora para bautizar a la niña y que tome la Primera Comunión.

- Supongo -continuó hablando doña Matilde-, que ya sabes que todos los gastos corren de nuestra cuenta, incluido el vestido, que será de lo más precioso, y la comida familiar en uno de los restaurantes más famosos de la ciudad. ¿Estás de acuerdo Daniela?

- Qué puedo decir, doña Matilde. Solo mostrarle mi agradecimiento, pero antes de irme, deseo pedirle un favor.

- Tú dirás de qué se trata.

- Que el sábado cuando venga con mi hija, no estén presentes ninguno de sus hijos. Tiempo habrá de todo, una vez que usted hable con ellos.

- Está concedido. Cuando vengas con tu hija, estaremos las tres solas.

El comisario Argüelles solo tuvo que esperar un día para tener sobre la mesa de su despacho la identificación de las huellas digitales que quedaron impresas sobre la superficie de los zapatos del difunto don Alejandro Estrada.

La prueba dactilográfica fue concluyente al asegurar que pertenecían a un hombre, por lo que al comisario solo le quedaba usar los medios técnicos de que disponía para cotejar las huellas con el archivo informático. Ahora -se dijo- me queda ver a quién pertenecen.

Pero su cotejo con los varios miles de huellas de que disponía dieron resultado negativo, ya que las mismas no aparecían por tratarse, al parecer, de alguien sin antecedentes policiales. Sin perder el tiempo, llamó ese mismo día a Madrid, al departamento central dactilográfico, recibiendo la orden de mandarlas por FAX, lo que hizo en el acto.

La contestación, por el mismo medio, la recibió al día siguiente, confirmando que pertenecían a un tal Ramón Cifuentes Rodríguez, información que incluía su número de DNI, lo que sin duda facilitaría su trabajo.

El comisario Argüelles se sintió satisfecho con la gestión realizada y se congratuló de tener al fin un nombre directamente implicado en el traslado del cadáver de don Alejandro Estrada al campo de golf, Sur-Poniente.

A la par que pensaba en esto, se preguntaba si el hecho de trasladar un cuerpo sin vida a otro lugar, sin autorización judicial, constituía algún delito con pena, y máxime si se había hecho con el consentimiento de la persona responsable del cuerpo. En cualquier caso, pensó, su obligación era una vez identificada la persona que hizo el traslado, tomarle declaración y remitirla al juzgado correspondiente, cuyo juez decidiría si a partir del informe recibido imputaba o no un delito de manipulación indebida de un cadáver y traslado inapropiado del mismo.

Doña Matilde, al día siguiente, viernes, se reunió con sus tres hijos a los que explicó los pormenores de la visita de Daniela, la que fue amante de su padre, y quien vivió los últimos instantes de la vida de este. Les contó cómo se produjo la muerte de su padre y, cómo ella, al parecer siguiendo sus instrucciones en vida, decidió que el cuerpo ya muerto fuera llevado al campo de golf, cerca del *green* del hoyo 9, donde más tarde fue descubierto casualmente por un jugador de este deporte. También les habló de la situación de la mujer, enfrentada a una muerte segura y temprana debido a que padecía leucemia irreversible.

También les puso al corriente de que aquella mujer le había pedido, que a su muerte se hiciera cargo de su hija de diez años, una Estrada.

- Esto, madre -intervino el hijo mayo, Alejandro-, más bien parece una historia melodramática, escrita para un guion de televisión.

- Lo parece, pero es tan real como que esta mujer va a morir en un plazo dramáticamente cierto. Pero una cosa es cierta, que la niña es hija de vuestro padre, o sea, hermana vuestra.

- Pero madre, todo esto -Intervino Óscar, el hijo más beligerante de todos-, está por comprobar, y que se pueda tratar de un hecho real, no de una artimaña para ablandarle el corazón con la historia de la pobre niña huérfana.

- Lo cual, Óscar, podemos solucionar con una prueba de ADN.

- Pero la niña está viva -intervino una vez más Óscar-, y nuestro padre está muerto.

- Eso es cierto, Óscar, pero posiblemente con una comprobación con uno de vosotros sea suficiente. Y, si no, pediremos una autorización al juez, y se podría hacer una prueba directa: padre e hija. Me resulta extraña, Óscar, tu falta de sensibilidad en este caso.

- Lo siento madre, pero es lo que pienso.

-También está, madre -intervino Alejandro, el hijo mayor-, el asunto de esa niña, que según acabas de explicar, es, por parte de padre, hermana nuestra. ¿Qué puede aportar esa mujer que corrobore lo que te ha dicho, así, sin más?

- No sé, Alejandro, si vale como testimonio de fe, la confesión de una mujer que se está muriendo. Pero, insisto, siempre nos queda la prueba de ADN si desconfiamos de su palabra.

- Eso es cierto. Yo, que no conozco a esa mujer, no sé si por aquello que, de acuerdo con nuestro padre, pusieron a la niña el nombre de nuestra madre, me inclino a que todo esto es cierto -apuntó Daniel, el segundo hijo de doña Matilde-.

- ¡Gracias, Daniel! Os puedo decir hijos, después de haberos oído a los tres, que yo la creo, e insisto por enésima vez, que una prueba de ADN despejaría todas vuestras dudas. En cuanto a ti, Óscar, me gustaría que desistieras de tu acritud hacia esa mujer, y mucho más hacia la niña.

- Pues yo, y perdone madre, siempre la veré como lo que realmente fue; la querida o fulana de nuestro padre.

-No creo necesario, Óscar, que al hablar contigo, emplees términos como fulana. Lo que pudiera significar “barriobajera”, un “pendón”, y esta mujer, a pesar de los pesares, no es en modo alguno una cualquiera. Tu padre jamás se hubiera fijado en una mujer así, ¿O tú piensas que eso hubiera sido posible conociendo a tu padre?

- Lo siento, madre, sí me he pasado. Pero, entonces me pregunto: ¿por qué esta mujer se ha negado a que mañana estemos presentes cuando venga con la niña?

- Precisamente, Óscar, para que no la veáis como la fulana de tu padre.

- Mamá, Óscar tiene razón -intervino Daniel-. Si esa mujer se siente, bueno, la amante de nuestro padre y no una fulana, ¿por qué se siente avergonzada ante nosotros y prefiere que no estemos delante mañana cuando venga con su hija?

- Un momento, Daniel. Yo no he dicho que la vea como una fulana, sino que sois vosotros los que la veis

así. Tú, Alejandro, ¿estás de acuerdo con tus hermanos, o más bien le concedes el beneficio de la duda?

- En parte, sí, madre, estoy de acuerdo contigo. Resultaría lógico que esta mujer en nuestra presencia solo viera miradas acusatorias por lo que fue con nuestro padre... Los sentimientos, madre, no siempre están de acuerdos con el corazón y nos encontramos ante una situación harto difícil, tanto para ti, como para nosotros.

- Lo que acabas de decir, Alejandro, es así de cierto. Pero ello no quita para que tratemos, poniendo en ello nuestra mejor voluntad, de que esta situación resulte lo menos dolorosa posible para las dos partes.

- Tú, madre, siempre tan bondadosa y comprensiva, y repartiendo caridad a diestro y siniestro, aunque te haya hecho daño. Dios te bendiga por ello.

- El Señor dijo: “perdona y serás perdonado”. No lo olvides, Óscar. Y algo que no podemos pasar por alto: fue tu padre quien conquistó a esa mujer.

- No lo olvido, madre. Pero hay cosas que cuestan perdonar, aunque esté nuestro padre de por medio.

- Otro asunto que debemos tratar, madre, es lo referente a bautizar a la niña, y a que tome también la primera comunión. ¿Cómo has decidido hacerlo? -le preguntó Daniel a su madre.

- Este domingo hablaré con don Anselmo, le contaré lo que estamos viviendo la familia Estrada, y le pediré que fije una fecha para llevar a efecto ambas cosas.

- ¿Y sigues en tu decisión de ser tú la madrina de la niña? -Preguntó una vez más Óscar-

- Sí, es mi decisión inamovible. Seré la madrina, y hará la Primera Comunión, como corresponde a una Es-

trada. Y habrá comida familiar con algunos de los amigos. Espero contar con todos vosotros y vuestras esposas e hijos. Y esa va por ti, Alejandro, y por ti, Daniel.

- Y... ¿el padrino? ¿En quién has pensado, madre?

- De momento tengo dudas. He pensado en Jorge Sandoval.

- No será necesario, madre. Yo seré el padrino.

- ¿Tú serás el padrino, Daniel? -se escandalizó Óscar.

- Yo seré el padrino, si madre no se opone.

- No me opongo, es más, te lo agradezco de corazón.

Así todo quedará en la familia.

El comisario Argüelles y Pedro, su mano derecha, se dirigieron al Polígono Industrial en el que Ramón Cifuentes era el propietario de C&C, Conserveras Cifuentes.

Sabiendo de antemano que recibiría la visita del comisario Argüelles y su ayudante, éste se levantó de detrás de su mesa del despacho, y tan pronto los vio entrar, les saludó con su mejor talante.

- Comisario Argüelles, supongo. ¡Tomen asiento, por favor!

- Mi ayudante, el agente Serrano.

- Usted dirá, comisario, de qué se trata, aunque me temo saber qué le ha traído por aquí.

- Le haré una serie de preguntas, y espero que sus respuestas no me obliguen a detenerlo. ¿Está preparado?

- Lo estoy, comisario.

Pregunta: ¿Fue usted quien trasladó el cuerpo del difunto don Alejandro Estrada al campo de golf en las cercanías del hoyo 9?

Respuesta: sí.

P: ¿Lo hizo usted por dinero?

R: ¡No, por el amor de Dios!

P: Entonces, ¿qué motivó su intervención en ese hecho?

R: Cumplir un compromiso adquirido hace algún tiempo con la persona fallecida.

P: ¿Quiere decir que fue el propio fallecido quien le pidió que trasladara su cuerpo muerto al campo de golf Sur-Poniente?

R: Sí. Pero no como usted lo está planteando.

P: En ese caso: ¿a qué se debió que usted se viera implicado en un hecho tan reprochable y delictivo?

R. Estaba en deuda con don Alejandro a partir de su intervención como Notario en un escabroso asunto familiar. Concretamente, por la herencia de mi padre, y en una serie de impugnaciones entre hermanos en desacuerdos con el legado, y que don Alejandro resolvió antes de que nos matásemos entre nosotros. Yo quise pagar su gestión, pero no quiso el dinero... pero sí un favor.

P: ¿Qué clase de favor? ¿No sería encargarle que si lo mataban llevara su cuerpo y lo dejara en el campo de golf?

R: No, por Dios. Él me dio una tarjeta en la que apuntó un nombre, y me dijo: “Si esta persona un día le llamara en mi nombre, haga por ella lo que le pida. Con eso me sentiré pagado y agradecido”.

P: ¿Y usted, un día, tal como le pidió, atendió esa llamada?

R: Así fue, comisario.

P: ¿Cuándo recibió la llamada, la persona que llamó, le dijo de qué se trataba?

R: No. Ni yo se lo pregunté. Me llamó en nombre de don Alejandro, y para mí fue suficiente. La persona que llamó era una mujer, y lloraba.

P: Y, cuando llegó a su casa, ¿con qué se encontró?

R: Con un hombre muerto sobre una cama y desnudo.

P: ¿Desnudo?

R. Sí, estaba desnudo, aunque cubierto por una sábana.

P: Y la mujer, ¿le dijo que aquel hombre estaba desnudo y muerto en su cama?

R. No, me dijo que el hombre se había muerto de repente. Al verle, enseguida le reconocí, se trataba del Notario don Alejandro, le reconocí en el acto. Don Alejandro le había dicho, porque sabía que estaba enfermo del corazón, que, si moría en su casa, me llamara y me dijera que llevara su cuerpo al campo de golf Sur-Poniente y dejara su cadáver cerca del Green del hoyo 9, que era su favorito.

P: ¿Y usted, sin más, lo hizo?

R: Lo hice, tal como fue mi compromiso con el Notario. Las promesas se cumplen. Pero hice algo más, vestí al hombre fallecido.

P: Cuando vistió a aquel hombre muerto, ¿notó en su cuerpo algo que denotara violencia?

R: Nada, comisario, ni un rasguño, ni hematomas; nada. Su cara era plácida como la de un niño. Yo diría que murió haciendo... Ya me entiende.

P: Pues no lo entiendo, dígamelo usted.

R: Haciendo el amor, comisario. Aquél hombre murió echando un polvo, y perdone la expresión.

P: ¿Está usted capacitado para asegurar lo que está diciendo?

R: Hice un curso de primeros auxilios debido a un accidente que sufrimos en mi empresa... Además, la señora que estaba llorando, estaba casi desnuda. Era evidente lo que había sucedido en aquel dormitorio.

P. Ya. ¿es usted consciente de que lo que ha hecho es un delito y que no tengo más remedio que abrirle un expediente y entregarlo al juzgado de esta demarcación?

R: Soy consciente de ello, comisario; pero tenía un compromiso que cumplir, y siempre cumplo mis compromisos. Estaba en deuda con aquel hombre por lo de la herencia de mi padre. Me pidió un favor y lo he cumplido.

P: Una pregunta más, y le pido que la conteste sin dudarla. ¿Si el muerto hubiera presentado signos de violencia, habría actuado de la misma manera?

R: Rotundamente, no. Hubiera llamado de inmediato a la policía, y hubiera denunciado lo ocurrido. Jamás me hubiera atrevido a tocar el cadáver. Ni con compromiso, o sin él.

P: ¿Y, usted solo pudo bajar el cuerpo, ponerlo en el coche que había robado y llevarlo al campo de golf?

R: No. Me ayudó un amigo.

P: ¿Quién es ese amigo que le ayudó a bajar el cuerpo, meterlo en el coche, ir hasta el campo de golf y dejar allí al muerto?

R: Eso, comisario, no se lo voy a decir. A mi amigo le puse en un compromiso, y no le voy a pagar con una delación.

P: Y del coche robado ¿Qué me dice? ¿Y por qué le prendieron fuego dejando a quien se lo robaron sin coche?

R: Creo que en eso me equivoqué. No debí robar el coche y mucho menos prenderle fuego. Fue un error estúpido y por mi parte estoy dispuesto a subsanarlo.

P: ¿Cómo lo hará?

R: Si la propietaria del coche está dispuesta a no presentar denuncia contra mí por el robo y haberlo quemado, con lo que le pague el seguro, yo aportaré de inmediato el dinero restante para que se pueda hacer con otro coche en las mismas condiciones que el que tenía. Eso, comisario, si usted está de acuerdo en ello. Lo del coche lo podemos arreglar por su mediación.

P: Me parece adecuada su postura. ¿Estaría dispuesto a corroborar todo lo que me ha dicho cuando tenga que declarar ante el juez? Porque le llamarán para declarar cuando yo presente su declaración al juzgado correspondiente.

R: Si fuera necesario, sin dudarlo. Yo sé que usted sabe mejor que yo de qué murió aquel hombre, porque seguro que tiene en su poder el resultado de la autopsia. Como también lo tendrá la familia del Notario, y, si ellos hubieran presentado denuncia contra la persona que se llevó el cuerpo al campo de golf, usted no habría venido hasta aquí para interrogarme, sino a detenerme.

- Sí... Por si fuera necesario, estaremos en contacto hasta que este desagradable asunto vea su final. Y, otra cosa, no abandone la ciudad sin comunicármelo. ¿De acuerdo?

- De acuerdo, comisario.

Sin más preámbulos, el comisario Argüelles y Pedro abandonaron las oficinas de Conservas Cifuentes, di-

rigiéndose directamente a Comisaría. Por el camino, el comisario hablaba con su ayudante:

- ¿Qué te he parecido la declaración de este hombre, Pedro?

- Creo que ha dicho la verdad. El Notario sabía que estaba enfermo del corazón y que un esfuerzo para llegar al final del acto sexual le podía costar la vida, como así ha sucedido. No quería que, si esto sucedía, tuvieran sus hijos que ir a recogerlo a casa de su amante. Qué ironía de la vida, morir echando un polvo.

- Y, ese detalle de que llevaran su cadáver al campo de golf... Resulta de lo más chocante.

- Sí, comisario, resulta curioso, pero no es un caso único. Recuerdo un aficionado a los toros que pidió a su familia que le enterraran vestido de torero. Cada loco, con su locura.

- Eso sí que es cierto, Pedro. En fin, veremos en qué acaba todo esto. Ahora depende de la familia del Notario, aunque estoy por apostar que no habrá denuncia, y que todo se resolverá de la mejor manera para las partes.

- Seguro que así será, jefe. Una familia como los Estrada no pueden estar en boca de toda la ciudad.

La escena en la mañana del sábado en casa de la viuda doña Matilde fue de lo más entrañable. Daniela y su hija Matildita, de diez años aún no cumplidos, estaban ante doña Matilde, que extasiada contemplaba a una niña de pelo negro y ojos grises, lo que ponía de manifiesto que, efectivamente, se trataba de una Estrada.

En la cara de la niña se reflejaban los rasgos de su difunto marido, y por si faltaba algo, allí estaban aquellos ojos grises. una prueba de ADN, ¿para qué era necesaria? Para nada.

- ¿Cómo te llamas cariño?

- Mi nombre, señora, es Matilde, aunque mi mamá me llama Matildita, y otras veces, solo Ma. Me han dicho que me llamo como usted, y eso me gusta.

- Es cierto mi amor. Las dos nos llamamos Matilde. ¿Te gusta tu nombre?

- Sí que me gusta, pero me da rabia que mis compañeras en el colegio me llaman Mati.

- Está bien que te enfade. Matilde es bonito, y Mati a mí tampoco me gusta. ¿A qué colegio vas, Matilde?

- Al Sagrado corazón de María, señora.
- ¿Con las monjas?
- Sí y no. Hay asignaturas que damos con profesores laicos.
- ¿Qué estás estudiando ahora?
- Quinto de primaria. Y cuando sea mayor, iré a la universidad.
- Y, cuando vayas a la universidad, ¿qué vas a estudiar?
- Derecho y luego Notaría. Quiero ser Notario como mi papá.

Doña Matilde estaba cada vez más emocionada. Tenía delante de ella, a una niña que no solo era un primor como criatura, sino que además se la veía muy segura en todas sus contestaciones.

- ¿Tienes papá? -Le preguntó doña Matilde.

Por primera vez la niña dudó y miró a su madre sin saber qué contestar. Al fin, miró a doña Matilde, y contestó:

- Mi papá ha muerto y está en el cielo junto a Dios nuestro Señor. Mi papá era muy bueno y me quería mucho, por eso Dios se lo ha llevado para que esté a su lado.

Al oír esto, a Doña Matilde se le saltaron las lágrimas. No pudo contener la emoción. Las palabras de la niña le llegaron al corazón.

- Eso es cierto. Tu papá era un señor muy bueno y todo el mundo le quería.

- ¿Usted también?

- Sí, le quería con todo mi corazón. Tengo la sensación de que eres una niña muy inteligente.

- Mi papá también me lo decía y me animaba a estudiar mucho. Me decía que era más lista que él, y a mí me gustaba que me lo dijera.

- Ven, dame las manos.

La niña obedeció y se dejó coger sus pequeñas y blancas manitas.

- Voy a hacerte una pregunta, y tú me la contestarás con toda confianza, ¿de acuerdo?

- De acuerdo, señora.

- ¿Te gustaría hacer la Primera Comunión?

- Sí, pero la hermana Sonsoles dice que no puedo hacerla si antes no estoy bautizada. Y me dice otras cosas que me duelen mucho...

- ¿Qué te dice la hermana Sonsoles?

- Que estoy en pecado porque no estoy bautizada.

- La muy... -doña Matilde se contuvo a tiempo antes de decir una palabra gorda-. Creo que tendré que ir a hablar con esa hermana Sonsoles.

- ¿Por qué estoy en pecado, si siempre me porto muy bien?

- No te preocupes por ello. Te bautizará el Padre Anselmo, y ese mismo día harás la Primera Comunión. Yo lo arreglaré todo.

- ¿De verdad, señora? Pero... Yo no tengo un vestido blanco para hacer la Primera Comunión.

- Si a tu mamá le parece bien, tendrás el vestido blanco más bonito del mundo. ¿Sabes, Matilde, en qué estoy pensando?

- No lo sé, señora.

- En hacerte un regalo muy especial para ese día.

- ¿Un regalo? Seguro que me gustará.

- Guardo como pequeño tesoro los guantes de cuando yo hice la Primera Comunión... También el libro de tapas de nácar y el rosario de cuentas de marfil con un crucifijo

de plata. Todo será para ti ya que no tuve la hija que siempre quise tener.

- ¿Lo estás oyendo, mamá? Esas cosas tan bonitas serán para mí.

- Doña Matilde es muy buena, y quiere que tú lleves esas cosas cuando hagas la Primera Comunión. Y, como no tiene una hija...

- Pero yo no soy su hija -repuso la niña- yo soy tu hija. No puedo ser hija de las dos.

- Bueno, si doña Matilde es tu madrina cuando te bautice, es como si fuera tu segunda madre. Serás su ahijada.

- Esa última palabra es rara, mamá, no me gusta.

- Una hija, que no es tu hija, se le llama así. Aunque no suene muy bien.

- Así es, cariño -intervino doña Matilde-. Serás como mi hija, aunque no seas mi hija.

- Creo que lo entiendo, señora.

- Entonces quedamos en que te gusta la idea de que seas de alguna manera mi hija. Bueno, como mi hija -rectificó doña Matilde-.

- No sé, creo que sí. ¿Tú qué dices mamá?

- Que doña Matilde tiene razón.

- Y usted, señora... ¿llegará a quererme como me quiere mi mamá?

A doña Matilde se le hizo un nudo en la garganta antes de poder responder a la niña.

- Sí, puedo llegar a quererte mucho, como quiero a mis tres hijos. ¿Qué te parece si a partir de ahora me llamas madrina en vez de señora?

La niña miró a su madre, como buscando ayuda antes de responder.

- Yo creo, hija, que sí puedes llamarla madrina. No hay nada malo en ello, es solo adelantar el tratamiento unos días.

- Pues en ese caso, desde ahora mismo, la llamaré madrina. ¿Le parece bien señora, quiero decir... madrina?

- Me parece maravilloso. Así las dos nos encontraremos más cómodas hablando.

- De acuerdo, madrina.

- ¿Sabes, Matildita, que vas a tener tres hermanos?

- ¿Yo voy a tener tres hermanos? Eso no lo sabía. Explícamelo, mamá.

- Verás, Matilde. Tú eres hija de don Alejandro, ¿verdad?

- Verdad, mamá.

- Y doña Matilde tiene tres hijos de don Alejandro, tu papá. Entonces, esos tres hijos son hermanos tuyos.

- Bueno, así de pronto... me parece un lío -repuso la niña quedándose pensativa-. Pero creo que poco a poco lo iré entendiendo. Mamá, creo que me gustará tener tres hermanos. Mis compañeras del colegio se van a morir de envidia.

- Será mejor -intervino doña Matilde con prontitud-, que por el momento no se lo digas a nadie. Espera a ser bautizada y a que hagas la Primera Comuni3n, y luego se lo dices, así lo entenderán mejor.

- De acuerdo... madrina. No les diré nada hasta después de que esté bautizada y haga la primera comuni3n.

Doña Matilde hizo sonar su campanilla de plata, apareciendo de inmediato la doncella Fermina.

- Por favor, Fermina, tráigame el cofrecito dorado que hay en mi tocador junto al espejo.

- Sí, señora.

Con el cofrecito dorado en las manos, doña Matilde lo abrió y de él sacó una cadenita de oro reluciente con un crucifijo también de oro.

- Acércate Matildita. Date la vuelta mirando a tu mamá. Ahora, con una mano, recógete el pelo hacia atrás y hacia un lado. Muy bien.

Doña Matilde abrió la cadenita, la pasó por delante de la cara de la niña y...

- ¡Ya está! Ahora quiero que me prometas que la llevarás siempre puesta en recuerdo mío. ¿De acuerdo?

- De acuerdo, madrina. Para toda la vida, amén. -Y Matildita se santiguó-. ¿Verdad que es bonita, mamá?

- Sí, hija. Muy bonita.

Matildita se acercó, y sin decir una palabra le dio un beso a doña Matilde. Era el primer beso que la niña daba a la que pronto sería su madrina, y más tarde su segunda madre, para toda la vida. Matildita miró a su mamá, que permanecía en silencio y doña Matilde hizo sonar la campana de plata.

- Dígame, señora.

- Fermina, lleva a Matildita a la cocina, y prepárale un refresco y unas pastas. Venga Matildita, ve con Fermina mientras yo hablo con tu mamá.

- De acuerdo, señora. Venga conmigo, señorita Matilde.

Cuando las dos mujeres estuvieron solas, doña Matilde comenzó a hablar, y a contar a Daniela la conversación del día anterior con sus tres hijos.

- Daniela, he hablado con mis hijos y están conformes con la decisión que he tomado con respecto a tu hija, cuando suceda...

- Dígalo sin temor. Cuando me muera. No será ni culpa suya ni tampoco culpa mía. Cada uno tenemos el destino marcado al nacer, y no importa ir por la derecha y por la izquierda, al final vamos a parar al punto señalado. Pero sí me gustaría, antes de irme, poder ver a mi hija vestida de blanco haciendo la Primera Comunión.

- Eso ya está hablado con mis hijos, y mañana domingo, después de la misa, concretaré con el padre Anselmo de San Francisco, el Bautismo primero, y después la Primera Comunión. Si estás de acuerdo, Daniela, podrían hacerse ambas cosas dentro de dos semanas, para que le hagan el vestido.

- Por mi parte encantada, doña Matilde. Y casi coincidirá con su cumpleaños, que es el día veinticinco. Todo será muy bonito: su Bautismo, su Primera Comunión y sus diez añitos. Por mí, encantada.

- Ahora, Daniela, quiero decirte algo, y te ruego que no me des una negativa sin meditarla antes, ya que ha sido idea de mis hijos, quienes lo han sugerido de todo corazón, y sin mediar ningún compromiso hacia la memoria de su padre.

- Usted día, doña Matilde.

- Que cuidemos de ti en la fase final de tu enfermedad, y después, cuando haya sucedido lo inevitable.

Doña Matilde era consciente de que ahora mismo había mentido en lo referente a la decisión de sus hijos y que acababa de cometer un pecado del que tendría que confesarse, pero pensaba que como se trataba de una mentira piadosa, le sería perdonado. Lo que quería asegurar doña Matilde con aquella propuesta espúrea, era ni más ni menos, que se pudiera hacer cargo de la

fase terminal de la enfermedad de Daniela, proporcionándole una atención paliativa adecuada, y que tuviera un final lo menos doloroso y traumático posible.

Teniendo el consentimiento por adelantado de Daniela, luego lo hablaría con sus hijos con la seguridad de que no se opondrían a un acto de caridad de aquella naturaleza. Y, en cuanto a su pecado por mentir, “mañana domingo”, pensó doña Matilde, y antes de la celebración de la Santa Misa, “me confesaré con don Anselmo, en la seguridad de ser perdonada, y como buena cristiana, cumpliré la penitencia que me sea impuesta por don Anselmo”.

- Lo acepto, doña Matilde, y le voy a pedir dos favores.

- Tú dirás, Daniela, pero te adelanto que los tienes concedidos se trate de lo que se trate.

- El primero, que mi muerte sea lo menos traumática posible para mi hija; el segundo, que me entierren en una tumba lo más próxima posible al Panteón familiar de ustedes, donde descansan los restos mortales de don Alejandro.

- Como he dicho: tus dos deseos te serán concedidos.

- Con el segundo pretendo, no solamente estar cerca del hombre al que he amado, sino también que mi hija cuando vaya al cementerio a poner flores en mi tumba, lo haga también en la de su padre.

- ¿Estás llorando, mamá? -dijo Matildita irrumpiendo en la habitación-. Y usted también parece que esté a punto de llorar, madrina.

- No te preocupes, tesoro -se adelantó doña Matilde-, son cosas de mujeres. No sucede nada.

- ¿Sabes, mi amor? -Daniela se dirigió a su hija-, mañana doña Matilde hablará con don Anselmo, el párroco

de San Francisco, y concretarán el día que serás bautizada y harás la Primera Comunión.

- ¡Qué bien, mamá! Madrina, hay alguien a quien me gustaría invitar.

- ¿A quién?

- A la hermana Sonsoles, para que no vuelva a decir nunca más que estoy en pecado por no estar bautizada.

- Concedido. A mí me gustará conocer a la tal hermana Sonsoles, para decirle cuatro cositas -dijo doña Matilde-.

- ¿Tendré también un padrino, como todas mis compañeras del colegio? - Preguntó Matildita.

- Ya tienes la madrina -habló Daniela-, y seguro que también tendrás un padrino. ¿Verdad, doña Matilde?

- Tu padrino, Matildita, será mi hijo Daniel -aseguró doña Matilde-.

- ¿Tiene un hijo que se llama Daniel, como mi mamá? Qué bonito. Eso me gusta, madrina.

- Pues sí. Y él tiene un hijo que tiene cinco añitos, que también se llama Daniel.

- Qué guay. ¿Y podré jugar con él?

- Claro que podrás jugar con él -aseguró doña Matilde-.

- Estoy pensando, Daniela, que tú y Matildita podríais quedaros a comer conmigo. Y, si estás de acuerdo, la niña podría pasar la tarde aquí y yo haría venir a mis hijos para que la conocieran, ello facilitará las cosas para cuando sea el día del Bautismo y de la Primera Comunión. ¿Qué te parece?

- Estoy de acuerdo, doña Matilde. Yo me iré a mi casa después de comer.

- Entonces, quedamos así, y antes de que anochezca, Daniel que será el padrino, llevará a Matildita a tu casa.

¿De acuerdo?

- Me parece bien, doña Matilde.

El comisario Argüelles redactó un detallado informe después de tomar declaración al industrial de Conserveras Cifuentes. En él detalló cuanto este le había contado en relación a su implicación en el traslado del cuerpo del fallecido Alejandro Estrada, Notario, prohombre de la ciudad, y cómo se vio implicado en ello, a partir de una petición del propio notario, quien, por su enfermedad del corazón, pensaba que un día podría morir en casa de su amante, como así sucedió.

El informe del comisario Argüelles dejaba bien claro que el industrial Cifuentes no trasladó el cadáver de don Alejandro al campo de golf Sur-Poniente por dinero, sino que lo hizo para cumplir su compromiso contraído con el hombre fallecido, lo que quedó meridianamente claro en su declaración al comisario. Si se trató de un hecho delictivo, eso quedaría en manos del juez correspondiente. Él se limitaría a cursar el informe que había instruido.

Aquella misma tarde, después de comer, y cuando Daniela ya se había marchado, acudieron a casa de su madre los tres hijos de doña Matilde: Alejandro, Daniel y Óscar.

Su madre les llamó para que conocieran a su hermana por parte de padre, Matildita, en el ámbito familiar.

Cuando los tres hombres entraron en el salón donde su madre les esperaba con la niña, la emoción de los tres al contemplarla fue más intensa de lo que esperaban. Especialmente por parte de Óscar, el más reacio a aceptar que aquella niña pudiera ser hermana de él.

Se quedó mirándola y poco faltó para que un hombre como él se pusiera a llorar. Al contemplar aquellos ojos grises, vio en ellos los mismos ojos grises intensos de su padre. Su misma misteriosa y penetrante mirada de felino. No pudo contenerse, se acercó a la niña y la besó en la frente. Lo mismo hicieron los otros dos hermanos.

- No se puede negar -habló Alejandro, el hijo mayor-, que esta niña es una Estrada. Sus ojos grises, su pelo negro como el azabache. Aunque me la hubieran puesto entre mil la hubiera identificado al instante.

- Matildita, estos son tus hermanos: Alejandro, Daniel y Óscar, y ellos te aceptan como hermana.

- ¿Mis hermanos, madrina? Yo nunca he tenido hermanos.

- Pues ahora tienes tres, y ya te he dicho cómo se llaman.

- Mi papá también se llamaba Alejandro, aunque mi mamá, cuando hablaba con él, siempre decía, “don Alejandro”.

- Ven Matildita, siéntate a mi lado. Óscar, acerca la butaca. Verás Matildita, hoy es lógico que estés un poco confundida y todo esto te resulte extraño, pero poco a poco lo irás entendiendo y cuando pase un poco de tiempo lo verás como algo natural.

- Mi mamá ya me ha contado cosas, pero como usted dice, madrina, ahora todo lo veo raro. Nunca he tenido hermanos y ahora, de pronto, resulta que tengo tres. Es muy extraño, Me cuesta entenderlo.

- Para todo se necesita tiempo, Matildita. Es como cuando estudias una lección en el colegio, no la puedes aprender de golpe, hay que repasarla una y otra vez hasta que la memorizas y ya la sabes.

- Mi papá me decía que no era cosa de correr en aprender, sino de tratar de entender las lecciones y después fijarlas en la mente.

- Tu papá tenía razón. Él era una persona muy inteligente que sabía muchas cosas.

- Ni que lo diga, madrina. Mi mamá me decía que era como un libro abierto. ¿Quién de ustedes va a ser mi padrino?

- Seré yo, Matildita -dijo Daniel-. Ya ves que me llamo como tu mamá, y cuando hables con nosotros, no nos tienes que decir ustedes, sino vosotros, que somos hermanos, y a los hermanos no se les trata de usted. ¿Lo entiendes?

- Bueno, sí, pero de momento...

- No te preocupes, ya lo entenderás poco a poco. Y a tu pregunta: yo seré tu padrino.

- Tú serás mi padrino, y doña Matilde mi madrina... Si papá viviera se pondría muy contento.

Otro nudo en la garganta de los presentes. Se miraron unos a otros sin saber qué tenían que decir. Si para la niña aquella situación era difícil, no menos lo era para ellos.

- Matildita, dile a tus hermanos qué quieres estudiar cuando seas mayor y puedas ir a la universidad.

- Estudiaré Derecho y luego Notaría. Quiero ser Notario como era mi papá. Él me decía que tengo buena cabeza para estudiar.

- Yo también soy Notario -dijo Alejandro-.

- Qué bien, así... -la niña dudó, pero al final repuso con franqueza-, me enseñarás muchas cosas.

- Puedes contar con ello, Matildita. Al principio, cuando termines tus estudios, podrás trabajar conmigo, como mi ayudante, y luego tendrás tu propio despacho.

- Qué guay. Se lo contaré a mi mamá, seguro que se pondrá muy contenta.

La tarde transcurrió con agradable sabor familiar. Los hermanos Estrada acabaron reconociendo que aquella niña, aquella hermana pequeña, era a partir de aquellos momentos como una bendición que Dios les había concedido. Y el que más satisfecho se mostró fue el díscolo Óscar, el hermano más pequeño, que tan en contra se puso, no solo con su madre, sino también contra la existencia de aquella hermana bastarda.

Cuando Daniel fue a llevar a Matildita a casa de su madre, Óscar se dirigió a su madre sincerándose con ella.

- ¿Sabes, madre? Ahora me siento apesadumbrado por mi testarudez contra la madre de la niña y contra la propia niña. Creo que esta criatura es un regalo del cielo para la familia, y especialmente para usted, que siempre suspiró por tener una hija. El domingo te acompañaré a misa y te prometo que me confesaré con don Anselmo, por mi pecado de soberbia y ofuscación. Espero ser perdonado por ello.

- Lo serás si de verdad has rectificado en tu postura de intransigencia. Dios siempre perdona nuestros pecados, nuestras dudas, e incluso, nuestros prejuicios, y yo como tu madre, me siento orgullosa de que hayas sabido rectificar.

El bautismo y la Primera Comuni3n de Matildita, la menor de los Estrada, fue fijada de com3n acuerdo entre don Anselmo y doña Matilde para el segundo domingo de agosto, a pesar del calor que por aquellos d3as se respiraba en la ciudad.

En la mañana de ese día elegido por doña Matilde, y antes de la misa de la una, Matildita sería bautizada con los nombres de Matilde Estrada Lambear, bajo la advocación de Santa Matilde, muerta en 968 d.C. Fue esposa de Enrique I de Alemania y madre de Otón el Grande. Su festividad es el 14 de marzo. A ambos actos solo asistirían los miembros de la familia Estrada de pleno, la madre de Matildita y los elegidos entre los más selectos amigos de la familia.

El segundo domingo del mes de agosto, a pesar del calor que invadía la ciudad, día de la celebración de San Pancracio, fue un día memorable para la familia Estrada al completo, día de bienaventuranza y felicidad. A las diez de la mañana fue bautizada Matildita, una niña de una belleza fuera de lo común, con su pelo negro y unos ojos grises, y en la que primaba su espigado cuerpo, que, vestida con su precioso vestido blanco para tomar más tarde la Primera Comunión, despejó todas las dudas de que aquella niña era una auténtica Estrada, por lo que sorprendió tanto a propios como a extraños.

Ante la pila bautismal, don Anselmo, párroco titular de la iglesia parroquial de San Francisco, realizados los prolegómenos del acto, dirigiéndose a la madrina, preguntó:

- Tú, Matilde de Sotomayor y Portazgo, ¿te comprometes por tu madrinazgo, y en cumplimiento del primero de los cinco Sacramento de la Santa Madre Iglesia, a guiar el alma de esta niña en la bienaventuranza, en la fe en Cristo, y que cumpla los preceptos que establece la Santa Iglesia Católica de Roma?

- Me comprometo, por mi alma y mi fe en Cristo Nuestro Señor.

- Y tú, Daniel Estrada de Sotomayor, ¿te comprometes por tu padrinzago a guiar el alma de esta niña y hacer que se cumplan los Santos Ritos Católicos de la Iglesia de Roma, y si necesario fuera, a ampararla, protegerla y socorrerla ante cualquier adversidad?

- Sí, me comprometo, y lo juro por mi alma inmortal.

- En función de lo compromisos adquiridos en mi presencia por los fieles en Cristo, Matilde de Sotomayor y Portazgo, y Daniel Estrada de Sotomayor, yo bautizo en cumplimiento del primero de los cinco sacramentos de la Santa madre Iglesia a esta niña, con los nombres de Matilde Daniela Estrada Lambea y vierto sobre su cabeza el agua bendita de esta pila bautismal, por la que queda libre del pecado venial, y su alma es purificada, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo... amén.

¡¡¡Amén!!!, respondieron todos los presentes, dándose por concluido el ritual del Bautismo.

- ¿Sabe, hermana Sonsoles -presente en el acto, a la que se dirigió la bautizada-, que ya no me podrá decir que estoy en pecado por no estar bautizada?

La monja se sintió avergonzada, pero no se atrevió a decir nada a la niña, ante la atenta mirada que desde aquella silla de ruedas le dirigía doña Matilde.

El bautismo de Matildita fue un acto sencillo y familiar, sin apenas personas que no fueran de la familia Estrada, haciendo la excepción de la hermana Sonsoles, que fue invitada por expreso deseo de Matildita, la cual fue recibida con cierta frialdad, pero con cortesía.

La ceremonia cumbre de aquella calurosa mañana de verano de agosto comenzó a la una del mediodía, con la presencia en el Templo de San Francisco, de los fieles habituales de los domingos y la totalidad de la familia Estrada, así como Daniela, la madre de la niña.

Cuando Matildita entró en el Templo acompañada de su madre a un lado, y doña Matilde en su silla de ruedas en el otro, siendo Óscar, el menor de los Estrada quien empujaba la silla, una gran expectación se produjo entre los asistentes, ya que la imagen que todos contemplaron de Matildita, parecía más la de una novia que la de una niña que iba a tomar su Primera Comunión.

Muchas miradas se dirigieron hacia doña Matilde y a la persona que estaba a su lado, unas de manera disimulada, y otras no tanto, así como cuchicheos mal intencionados que ponían en entredicho el buen nombre de la familia Estrada.

La prensa, por supuesto, no fue invitada, y si algo publicarían más tarde, como así fue, sería porque alguno de los allí presentes lo contaría con un total desconocimiento

del drama que se estaba desarrollando por parte de las personas protagonistas de aquel acto.

Los hijos de doña Matilde, Alejandro y Daniel, acompañados de sus esposas e hijos, los tres niños varones, quedaron encantados contemplando la imagen de la niña que, por derecho propio ya formaba parte de la familia Estrada, y no tuvieron inconveniente alguno en dar gracias a Dios y al destino por haber puesto a aquella criatura tan angelical en sus vidas. Pensar en una niña más bonita que la que tenían en aquel momento ante ellos les resultaba imposible.

- Parece un ángel celestial -comentó Andrea, la esposa del mayor de los Estrada, llena de admiración.

Terminada la misa y el acto de que Matildita tomara la Primera Comunión, todos se trasladaron a un suntuoso restaurante cercano al mar.

A la comida solo asistieron los familiares y amigos que fueron a ambos actos celebrados en el Templo de San Francisco aquel día del mes de agosto.

En aquellos momentos, la familia Estrada, menos el fallecido patriarca don Alejandro, se encontraba al completo, un hecho que se podía catalogar como épico, y que las fotografías familiares que se hicieron inmortalizarían para la historia de los Estrada de Sotomayor.

A pesar de los deseos de la familia Estrada de que nada relativo a estos actos tuviera eco en la prensa, no fue así, ya que aparecieron varias noticias en las “Páginas de Sociedad”, en las que se hacía alusión al acontecimiento que tenía como protagonista a la niña que aquel mismo día fue bautizada con los nombres de Daniela Estrada Lambea.

La noticia, no obstante, no disgustó a ningún miembro de la familia Estrada, por cuando en las mismas no se hacía mención alguna al hecho de que la niña fuera consecuencia de una aventura del prohombre de la ciudad, el Notario don Alejandro Estrada.

Transcurrieron tres meses desde los acontecimientos narrados, cuando después de casi un mes de permanencia de la madre de Matildita ingresada en una clínica particular y no superar los tratamientos agresivos de la quimioterapia y radioterapia, Daniela Lambea no pudo superar el cáncer de sangre que padecía, falleciendo a causa del mismo.

La parca, con su siniestra guadaña, se llevó por delante la vida de Daniela Lambea. Doña Matilde, accediendo a la petición que le hizo Daniela el mismo día que se conocieron, ordenó que su cadáver fuera depositado en una tumba próxima al Panteón de los Estrada, para que su hija pusiera flores en su tumba y en la de su padre.

El sepelio de Daniela Lambea se efectuó en un día gris que amenazaba lluvia, y en la intimidad y el silencio de los miembros de la familia Estrada. Fue enterrada en presencia de su hija Matildita, Matilde Daniela Estrada, desde el mismo día de su bautismo, y ya miembro de la familia Estrada por derecho.

Ocho años después, un coche negro se paró cerca de una tumba del cementerio de la ciudad. Un chófer uniformado bajó presto de él y se apresuró a abrir una de las puertas del mismo, por la que se bajó una joven maravillosa. Morena hasta decir basta, y con unos ojos grises que envidiaría cualquier pantera negra. Esperó a que el chófer abriera el maletero y de él sacó un ramo de rosas que le entregaría. Matilde Daniela Estrada Lambea cogió el ramo y se acercó a la tumba en la que reposaba su madre. Del florero sacó otro ramo ya seco para después enjuagarlo en una fuente cercana. Lo volvió a llenar de agua y puso en él las flores frescas; luego rezó una oración, y tras santiguarse, se la oyó decir en voz queda “amén” y “adiós mamá”, dirigiéndose de nuevo hacia el coche.

Dicho lo anterior, Matilde se acercó al chófer, que le tenía preparado un segundo ramo de rosas que ella cogió. Siguiendo los pasos del hombre, anduvieron unos metros hacia adelante hasta llegar a la puerta del Panteón de la familia Estrada. Una vez allí, el sirviente abrió la puerta y la joven hizo lo mismo que con el florero de la tumba de su madre. Colocó el florero al pie de la Cruz que hay en el centro del Panteón, y, fijando la mirada en la tumba de su padre, rezó también una oración, se santiguó, dijo “adiós papá”, y salió de allí, dirigiéndose directamente al coche y entrando en él.

Cuando el chófer cerró la pesada puerta de hierro forjado del Panteón de la familia Estrada, este se dirigió al coche negro, entró en él, puso el motor en marcha, y en el silencio más absoluto, enfiló la salida del cementerio, dirigiéndose hacia la ciudad.

Dos años después, en el Paraninfo de la facultad de Derecho, la familia Estrada acudió al completo a la Universidad, para vivir un acontecimiento memorable. Aquel día se entregaban los diplomas acreditativos del final de los estudios y el birrete de fin de carrera.

El Decano de la Universidad fue leyendo los nombres y entregando los diplomas con una lentitud desesperante para los familiares de Matilde, que esperaban suspirando que leyera el nombre esperado. La parsimonia del Rector, tal vez premeditada para hacer más sentido el acto, llegó a exasperarles hasta que al fin escucharon el nombre: Matilde Daniela María Estrada Lambea.

La entrega del diploma que acreditaba a Matilde, a partir de ese momento, como Licenciada en Derecho con matrícula de honor, hizo que las lágrimas aparecieran en la mayoría de miembros de la familia Estrada, especialmente en doña Matilde, y también en Óscar, aquel joven díscolo, ya un hombre casado, quien otrora se había declarado en contra de que aquella niña de diez años que arribaba a sus vidas de manera clandestina y que entrara a formar parte de familia tan ilustre. Hoy, era por derecho propio el orgullo de la familia y de los amigos más allegados a los Estrada.

Cuando el rector leyó el último nombre de los galardonados y entregó el último de aquellos valiosísimos Diplomas y daba el acto por concluido, un “¡hurra!”, atronó el Paraninfo, y una lluvia de birretes pobló el aire del *Santac Santorum* de la Facultad de Derecho.

Matilde recogió su birrete, y con el Diploma en la mano, se acercó a mamá Matilde, puso en manos de la dama el mismo, a la par que decía con palabras emocionadas:

- Mamá, Matilde, a ti te lo debo todo, y en tus manos pongo este galardón con todo mi cariño y amor, dedicándoselo también a mi madre y a mi padre, que seguro estarán aplaudiendo desde el cielo -. Dicho lo cual, se abrazó a su segunda madre entre los aplausos de todos los Estrada.

- Sabía que lo conseguirías, y estoy segura, como bien has dicho, que, desde el cielo, tanto tu madre como tu padre, estarán aplaudiendo con entusiasmo, tanto como tu familia aquí presente.

- Mi próximo reto, mamá Matilde, será sacarme la oposición de Notaría y llegar a ser tan buen Notario como era mi padre. Te lo prometo.

- Y tan buen Notario como tu hermano Alejandro.

- Es cierto, mamá Matilde. Tan buena como él.

- ¡Que Dios te bendiga, hija! Y bendiga la hora que te trajo a nosotros. Todos los Estrada nos sentimos orgullosos de ti. Tu triunfo en los estudios, tu belleza como mujer, y tus cualidades humanas son una bendición para la familia, y por ello damos una vez más gracias al buen Dios.

Aquella mañana, el comisario Argüelles visitó a doña Matilde en su domicilio para tratar de explicarle cuanto se había descubierto en relación al traslado del cadáver de su marido al campo de golf y el por qué fue llevado allí, aunque doña Matilde ya lo sabía por boca de Daniela, la amante de su marido. También la intervención de aquel hombre, que hizo tan macabro trabajo, no por dinero, sino para cumplir una deuda en razón de un compromiso adquirido en vida de don Alejandro Estrada.

- Le agradezco, señora, que me haya recibido en un momento tan especial para usted; pero yo estoy obligado a abrir el correspondiente atestado para más tarde trasladarlo al juzgado que llevará este delicado asunto y dictamine si hubo o no delito en la actuación de esta persona.

- Si me equivoco, usted me rectificará, comisario... El traslado del cuerpo de mi difunto marido, como usted bien ha apuntado, puede ser constitutivo de delito, siempre y cuando yo presente una denuncia, cosa que por el momento no voy a hacer. Además, este hombre, me ha

explicado por teléfono que va a indemnizar a la mujer a quien robó el coche y se lo quemó, también si yo no presento denuncia... ¿Esto es así, comisario?

- Lo es, efectivamente, señora.

- Entonces, pienso que yo pueda estar en las mismas condiciones que la propietaria del coche.

- No acabo de ver adónde quiere llevar esta conversación, y le pido me disculpe.

- A que si ese hombre hizo lo que hizo, y que no fue por dinero, ni por cometer un acto censurable, sino que lo hizo para cumplir un compromiso que fue mi esposo quien en vida, más que pedírselo, se lo exigió, mi decisión es que se dé el asunto por zanjado y que nada de esto salga a la luz y sirva de carnaza a la prensa. Ya hemos sufrido bastante con este trágico episodio.

- Por lo que estoy oyendo, señora, su decisión es firme.

- Es firme, comisario, y en ello, mis hijos están de acuerdo conmigo. Si precisa que le firme algún documento en ese sentido, usted lo redactará, y yo lo firmaré para que lo pueda presentar en el juzgado correspondiente.

- Así lo haré. Redactaré su renuncia a presentar cargos contra la persona que llevó el cuerpo de su esposo al campo de golf Sur-Poniente. A él adjuntaré mi informe sobre los hechos. Si el juez así lo decide, el asunto quedará cerrado y archivado.

Tiempo después, el comisario Argüelles estaba consultando en su archivo la ficha de un nuevo caso que se había presentado, cuando se fijó de pronto en la solapa de una carpeta que le resultó familiar a pesar del tiempo

transcurrido. La sacó del archivo casi con devoción, fue a su despacho, y ya sentado tras su mesa, la abrió, sacando de ella un documento que recordó que él mismo redactó hace ya varios años. Lo leyó de principio a fin, se fijó en la firma de filigrana de la persona que la firmó, doña Matilde de Sotomayor y Portazgo, que él cursó en el juzgado correspondiente, en el cual y ateniéndose a su propio informe, se dio el caso como sobreseído, siendo archivado con el convencimiento de que todo se había ajustado a Derecho, como el tiempo así lo confirmó.

Recordaba aquel suceso como una historia que comenzó con un hecho tan rocambolesco, como fue el encontrar un cadáver entre los árboles cercanos al *green* del hoyo 9 del Club de Golf Sur-Poniente a las afueras de la ciudad, y que terminó, afortunadamente para todos, con un final de las mejores novelas románticas.

Se levantó de su asiento, volvió al archivo con la carpeta en las manos, y antes de dejarla en el mismo lugar de donde la había sacado, leyó una vez más la pestaña de la misma y el epígrafe que él mismo le asignó. Caso cerrado.

